

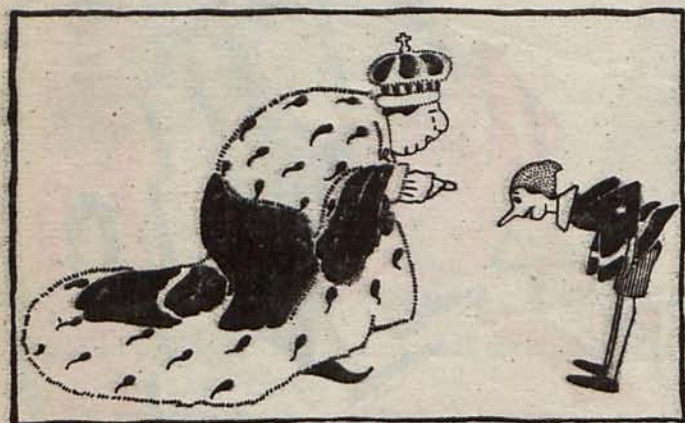
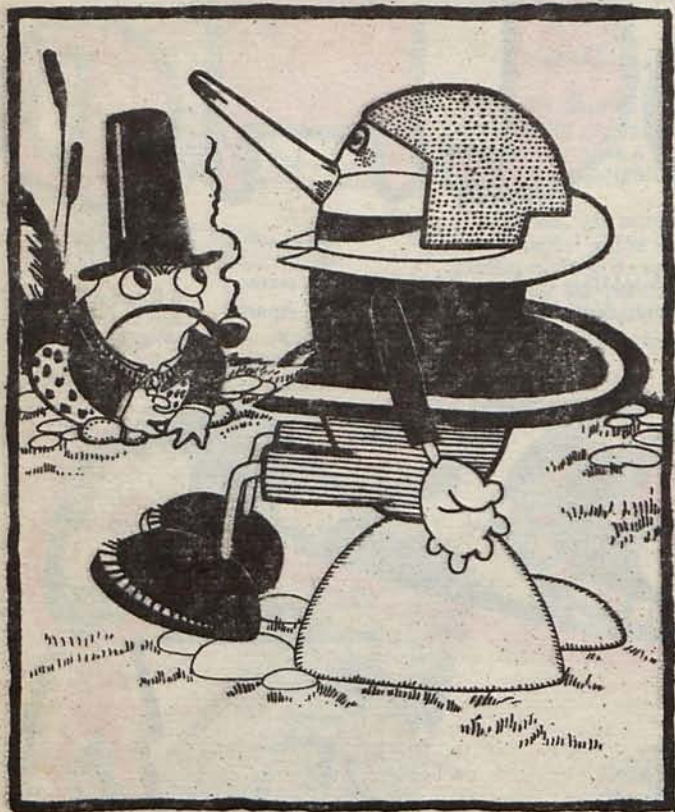
# PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: San Sebastián. :: Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.  
Año I.—NÚMERO 20  
5 JULIO 1925



# CONCURSO DE COLORIDO



**VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS  
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO**

## CURiosIDADES

### LAS GRANDES CAVERNAS

Sabemos lo que es una caverna. Sabemos que es una profundidad, una hoquedad en la tierra. ¿Pero recordamos la extensión a que alcanzan esas cavernas? Estas son bastante comunes en los terrenos calcáreos. Hay algunas cavernas tan profundas, tan extremadamente hondas, que aún no ha podido darse con su fondo. La caverna, por regla general, tiene una entrada estrecha, insignificante; pero luego se ensancha y dilata, formando galerías amplísimas y profundas, que se comunican entre sí, llegando a honduras enormes, inconcebibles. En las cavernas suelen encontrarse lagos y corrientes de arroyos, que después de correr a lo largo de la caverna se internan en profundidades misteriosas. Son muy frecuentes en tales grutas las estalactitas y estalagmitas, que son concreciones de carbonato de cal

formadas por las filtraciones de las aguas a través de los terrenos en que tales grutas están socavadas.

Hay cavernas muy famosas, como las de Artá, en Mallorca; la extraordinaria caverna de Antiparos, en la isla jónica del mismo nombre; existe la llamada Boquete de Han, en Bélgica, profundísima y atravesada por el río Lesse. No vamos a nombrar todas las cavernas existentes; sería una lista muy numerosa. Diremos que las cavernas son la atracción de todo el mundo. Que algunas personas, ansiosas de conocer el final de algunas de ellas, han perecido en la expedición. En la llamada de Cacalmamilpa, no lejos de la ciudad de Méjico, se ha registrado el caso de un turista inglés que pereció en su aventura al intentar penetrar en la última y más profunda galería.



# EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación).

Suelen preferir para sus tiendas la corteza de abedul o de olmo, que separan del tronco con rara habilidad, en un solo pedazo, convirtiéndola en una materia ligerísima y plegable como la tela. A sus expediciones guerreras llevan grandes cantidades de estas cortezas para improvisar chozas, pues el clima canadiense, en particular al Norte, es muy frío. Con algunas estacas clavadas en el suelo envuelven los pedazos de corteza, que se adaptan a cualquier forma y a veces se construyen así verdaderas casitas, aunque siempre las dejan abiertas por un lado para dar salida al humo.

Los veinte guerreros levantaron en un instante una especie de sotechado, encendieron un buen fuego con ramas de pino saturadas de resina, cerraron tres lados para que la nieve no pudiese entrar profusamente y extendieron en el suelo grandes pieles de bisonte, mejores para su objeto que todos los tapices marroquíes de Rabat y los no menos célebres de los fabricantes persas de Isphán y Teherán.

Algunos minutos después otros diez guerreros se presentaron trayendo una pata de oso asada, dulce de frambuesa en conserva, racimos de agroz y galletas de maíz.

—Gracias a Dios que tenemos casa —dijo Cabeza de Piedra, despidiendo a sus guerreros con majestuoso ademán. Dejadme solo y afilad en tanto vuestros *tomahawks*, pues pronto tendremos que combatir. Vaya también a descansar el sacerdote, pues no necesito por ahora de sus servicios.

—Gran *sakem* —dijo un viejo guerrero, deteniéndose bajo el dintel de la cabaña—, ¿a quién debemos nombrar tu segundo?

—Allá vosotros. Escoged al más fuerte y más inteligente y dejadme comer tranquilo.

Todos se retiraron, desapareciendo pronto entre remolinos de nieve.

Cabeza de Piedra salió de la choza para asegurarse de que nadie escuchaba desde fuera sus conversaciones; tiró de la tela de olmo destinada a cubrir el lado que aún quedaba abierto, a fin de que el viento no arrastrase mucha nieve dentro de la estancia, y se sentó al fuego, mirando a sus compañeros, sin pensar para nada en cenar.

—¿Qué pensáis vosotros de este nombramiento, que de un marinero ha hecho un caudillo de guerreros salvajes? —dijo por fin.

—Que nos ha salvado a todos —dijo Petifoque—. Si hubieses renunciado habrían sido capaces de atarte al palo del tormento en vez de confiarle la jefatura de la tribu.

—¿Y qué hago yo con esta tropa, que no piensa más que en escalar?

—¿Te olvidas del marqués?

—¡Ah..., Cabeza de Piedra, que la tienes llena de migotes! —dijo el viejo bretón, riendo—. En este momento ni me acordaba de él, ni de la misión que a estos parajes me trae. ¡Pero si es mi fortuna verme convertido en un gran *sakem*! Con quinientos hombres, valerosos a no dudar, se pueden hacer grandes cosas, y hasta llegar a Ticonderoga, ya que podemos contar con barcas. Quisiera saber dónde se ha metido Ribérac. ¿Habrá ido a buscar a los iroqueses para conducirlos aquí?

—Es probable —dijo Jor.

—¿Y qué sucederá, si los iroqueses y los mandanos son enemigos que se odian a muerte? ¿He de lanzar a mi tribu contra los otros?

—Alguna vez las tribus de diversas naciones han sepultado el hacha de guerra y han sido amigos durante muchos años —dijo el canadiense—. Los hurones, por ejemplo, después de haber combatido a los iroqueses por más de un siglo, están ahora en buena armonía, y sus caudillos han fumado juntos el *calumet* de la paz. ¿Por qué no habríamos de lograr otro tanto nosotros? Con mil guerreros podremos dar mucha guerra a los ingleses y salvar a la guarnición americana de Ticonderoga.

—¡Hum!... No hay que fiarse de estos hombres rojos.

—No, os engañáis: son más leales de lo que creéis.

—Entonces, ¿qué decidimos? —preguntó Petifoque.

—Mañana, pase lo que pase, bajaremos al Champlain y haremos lo posible por capturar al marqués.

—Si es que ha desembarcado.

—Estoy bien seguro de que si el bergantín no se ha deshecho habrá encallado por lo menos. Hacían muchos disparos.

—¿Y si lográsemos apoderarnos de él?

—Lo mandaremos a Nueva York, para que su hermano le dé otra estocada.

—¿Quién se encargará de llevarlo?

—Vendría antes con nosotros a Ticonderoga. No me fio de entregarlo a mis guerreros de hocico rojo. Ese hombre sería capaz de corromperlos.

—No le dejaremos encima ni siquiera una guinea.

—Ni así me fio. Saint-Clair y Arnold nos darán una escolta mucho más segura. ¿Qué opina el señor Oxford?

—Que tenéis mucha razón —repuso el secretario del marqués.

—Ahora podríamos tomar un bocado y descabezar después un sueñecillo. No se está mal en esta cabaña de corteza de olmo. Abriga tanto como las pieles. ¡Ehl... ¿Qué es lo que tocan? ¿Es que mis guerreros, en vez de descansar, se ponen a bailar entre los remolinos de nieve?

—Son flautas tocando a muerto —dijo Jor—. Están celebrando el sepelio del *sakem*.

—¡Pobre diablo! Siento haberlo matado... Y, por otra parte, no podía hacer otra cosa —dijo Cabeza de Piedra—. En su puesto me haré viejo, pues los bretones no naufragan sino de puro carcamales. Cuando mi abuelo cerró los ojos tenía casi cien años. Todavía soy yo muy joven para ir a disparar cañonazos al infierno.

—¡Con esos cabellos grises... —bromeó Petifoque—, y esas arrugas...

—Todavía no tengo un siglo. ¡Y basta! —repuso el viejo bretón serio—. Aún estoy hábil como un gaviero, aunque tenga sobre la grupa un montón de primaveras. ¡Ea, pues!, vamos a catar esta pata de oso para vaciar nuestras últimas botellas. Mira, Petifoque, cómo se han animado de repente los ojos de los tudescos, ahora que iban a cerrarse. Estos jóvenes tienen siempre un apetito fenomenal. Afortunadamente tenemos ahora cocineros indios que antes han de pensar en nosotros que en los guerreros.

Y tomando un cuchillo de manos de Jor, ya se disponía a trincar la pata de oso, cuando a la entrada de la cabaña se oyeron voces femeninas.

—¿Quién viene a turbar el reposo del *sakem* blanco? —rugió Cabeza de Piedra, furioso—. ¡Que no podamos comer un bocado con tranquilidad...

—Aquí están las mujeres del *sakem* del Oso de las Cavernas —dijo Jor—. Lo menos son doce.

—¿Y qué quieren de mí?

—Como habéis matado al esposo, debéis tomar a todas con vos.

—¿Para qué?

—Es la costumbre de los mandanos.

—¿Convertirme yo en marido de doce mujeres? —gritó espantado.

—Y no son muchas, en realidad —dijo Jor.

—¿Y han de estar conmigo?

—Naturalmente.

—Las haré huir a pelotazos de nieve.

—Entonces los guerreros, que respetan a sus mujeres, aunque bárbaros, os mirarán de través. No os aconsejo hacer ningún desprecio a las viudas del Oso de las Cavernas.

—Que entren, pues. Quiero al menos conocer a estas mujeres mías, con quienes jamás me he desposado ni me desposaré.

Jor levantó la tela que cubría el cuarto lado de la cabaña, y no doce, sino trece mujeres hicieron irrupción en ella, con grandes zalemas.

Las mujeres canadienses son mucho más hermosas que las que se encuentran en las tribus del Sur y de Occidente. Todas ellas tienen formas esbeltas, ojos bellísimos, muy expresivos y vivaces, líneas agradables, largos cabellos, muy negros, y sobre todo una linda boca, siempre dispuesta a sonreír ante el esposo.

Las viudas del *sakem* llevaban vestidos muy vistosos, compuestos de casacas de piel de gamuza recamadas, fajas altas de sedí, raras

por entonces en el Canadá; túnicas de paño azul y mocasines de piel blanca con ribetes de variados colores. Todas ellas eran jóvenes y podían satisfacer incluso a un europeo.

—¡Mil rayos!... —clamó el sorprendido Cabeza de Piedra, incorporándose de un salto—. ¡Nada menos que trece mujeres tenía el Oso de las Cavernas...! Ese número le ha acarreado desgracia... Si hubiera tenido doce tan sólo, acaso su *tomahawak* me hubiese partido la cabeza. ¡Trece!... ¡El número de Judas!

Las examinó una por una, mientras Petifoque y los dos tudescos se retorcian de risa, y se tiró de las barbas, desconcertado.

—¡Pícaro *sakem*!... —exclamó—. Después de todo no tenía mal gusto...

—Muy bonitas, ¿verdad, maestro? —dijo el joven gaviero.

—¿Las quieres? Te las regalo todas.

—Me parece demasiado, camarada.

—Y además —dijo Jor— no aceptarían. Son las mujeres del gran *sakem* de rostro mal cocido y a él solamente guardarán fidelidad.

—¡Pero si no las quiero!... —rugió Cabeza de Piedra—. Nunca he querido cuestiones con mujeres blancas ni negras, ni amarillas, ni aceitunadas, ni rojas.

—Pues con todo, maestro, no tenéis otro remedio sino conservarlas, pues se trata de vuestro prestigio. Un gran *sakem* sin una docena de mujeres no sería respetado.

El viejo bretón tiró el gorro al suelo y se rascó rabiosamente la testa.

—¡Trece mujeres! —exclamó con un gesto de horror—. ¡Si pudiera enviárselas a mis amigos de Batzl!...

—No irían, os lo aseguro; siempre las tendréis pegadas a los calzones —dijo el canadiense.

—¿Y qué voy a hacer con ellas yo, mil diablos...?

—Os prepararán los alimentos, os coserán la ropa...

—¿Cuál? No tengo más que la puesta; mi equipaje se perdió con la tartana.

—Ellas os harán otra nueva antes de que os quedéis en camisa.

—Me parece que te burlas de mí, Jor —dijo Cabeza de Piedra.

—De ningún modo. Las mujeres se encargan de vestir a los guerreros, que sólo cuidan de sus ornamentos de plumas y de sus colores para prepararse el atavío de guerra.

—Camarada —dijo Petifoque, sin dejar de reír—, no te empeñes en mostrarte más salvaje que un piel roja. Hace ya diez minutos que estas desgraciadas están ante ti tiritando de frío, y ni siquiera les has dicho que se sienten. ¿Dónde quedó la galantería francesa? Van a formar un mal concepto de todos nosotros.

—No he conocido más galantería que la de los masteleros —gruñó el bretón.

—Sé cortés y ofrécelas algo. Todavía nos queda un poco de pata de oso, dos pernils y salchichones ahumados.

Los salchichones para los tudescos, que no pueden pasarse sin ellos.

—Dales los pernils.

—Ocupate tú de eso —dijo el bretón cargando su pipa.

—¿Y si se enamoran de mí?

—¡Ojalá!...

—¿Me dejas carta blanca?

—Te considero ya como su marido efectivo.

—No; ahora, no. Y además, trece son muchas. Ya que me lo permites, haré yo los honores de la casa. Seré tu ayudante de campo.

—Haz lo que quieras. Déjame fumar.

Petifoque, ayudado de Jor, que no podía contener la risa, extendió delante de las viudas una gigantesca piel de bisonte, invitándolas a sentarse y a calentarse al fuego. Seguidamente les dió los restos de la cena, un par de jamones y una botella, la última, que Cabeza de Piedra hubiera preferido beberse él mismo. Jor había cortado en grandes lonjas los pernils de puerco salado, agregando algunas galletas de maíz.

Las trece viudas, consoladas bien pronto de la pérdida de su primer esposo, asaltaron la cena con voracidad casi bestial, disputándose hasta a uñetadas. El Oso de las Cavernas debía de haber hecho muchas economías en cuanto a los víveres destinados a sus mujeres.

—¡Qué apetito! —dijo Petifoque, mirándolas con curiosidad, mientras permanecía en pie ante ellas, con las manos en los bolsillos—. ¿Cómo me las voy a arreglar yo, para mantener a todas con mi paga de gaviero? ¡Al demonio!... Allí se las componga Cabeza de Piedra.

—¡Eh, tú, bribonazo..., que no soy sordo! —dijo el viejo bretón, fumando rabiosamente, y envolviéndose en una verdadera nube de humo acérrimo—. ¿Crees tú que un maestro cañonero no gana bastante para dar de comer a trece mujeres? De mi mesada no me quedó jamás una guinea.

—Porque debías demasado.

—¡Vete al diablo!... No me hagas rabiar más.

—Pero si aquí no tenéis que gastar nada, ya os lo he dicho! —dijo Jor—. La tribu proveerá a todo.

—¿Y te figuras tú, que voy a terminar mis días en la orilla de este lago, siendo jefe de una banda de salvajes? A la primera oportunidad los pianto a todos y volveré al mar, a disparar cañonazos contra los ingleses.

—Te llevarás las mujeres, ¿no? —dijo Petifoque.

—¿Quieres que me convierta en un lobo hidrófobo? ¡Al diablo mis mujeres, que yo no las he buscado! Otro *sakem* las tomará consigo.

—Poco galante eres, Cabeza de Piedra.

—El Oso de las Cavernas no lo habrá sido más. Y punto. ¿Vamos a dormir? Mañana, si amaina el temporal, partiremos.

Echó al fuego las cenizas de su pipa, y estirándose sobre la suave piel de bisonte acomodó los brazos debajo de su cabeza y cerró los ojos. Las trece mujeres, al ver dormir a su señor, creyeron conveniente imitarlo. La botella de ginebra quizás ayudó un poco a decidirlas. Petifoque cerró bien la cabaña y tumbóse al lado del canadiense. Los dos tudescos y el secretario del marqués ya roncaban. Fuera, la tempestad rugía sin cesar, sacudiendo la cabaña, y la nieve seguía cayendo.

Todos dormían profundamente, hasta que, pasadas dos horas, el bretón, acostumbrado a dormir con ojo avizor y oído, creyó percibir dos sordos gruñidos.

—¡Por cien mil campanarios!... —exclamó, incorporándose bruscamente—. ¿No vamos a poder dormir esta noche? ¡Diferencia va de esto a los cuartos de guardia a bordo de *La Tonante*!

Por precaución empuñó el *tomahawak* del *sakem*, y saltando por encima de sus compañeros dormidos, que roncaban descuidados, se acercó a la entrada de la cabaña, escuchando atentamente.

—¿Sueño o estoy borracho? Pero me parece estar bien despierto, y no he bebido tampoco más que algún vaso. Aquí, detrás de la tela, hay osos.

—¿Qué refunfuñas, Cabeza de Piedra? —preguntó en voz baja el joven gaviero, que en aquel momento se despertaba—. ¿Riñes a tus trece mujeres? ¡Déjalas dormir, hombre!

—Ven a escuchar, camarada —dijo el viejo bretón—. No se trata de mis mujeres ahora. Quieren entrar en nuestra casa.

—¿Serán los mandanos, que vengan a matarnos?

—Tampoco tienen que ver los indios. ¡Hay osos aquí fuera!

—¡Eh!... ¿Quieres asustarme?

—Sé bien que tienes valor hasta para vender el que te sobra; no hay para qué probarte.

—¿Cómo quieres que se atrevan los osos a asaltarnos en medio de un campamento guardado por quinientos guerreros?

—Pues así y todo, creo que no me engaño —dijo Cabeza de Piedra—. ¿Oyes? Esos son gruñidos que no se pueden confundir con los aullidos de los lobos ni con el rugido de los jaguares.

—Me parece que no estás equivocado —dijo el joven marinero, cogiendo precipitadamente su carabina—. ¿Damos la alarma?

—No asustemos a mis graciosas mujeres —repuso irónico el viejo bretón—. Vamos a ver si por casualidad nos hemos engañado.

Pendió de su cintura el *tomahawak*, enarboló una gruesa rama llameante, arma incomparable contra las bestias feroces que atacan de noche, y arrancó de un tirón el trozo de tela que servía de portada.

Un grito de estupor se escapó de sus labios.

Ante él, medio hundidos en la nieve, se hallaban los dos últimos osos del Aguila Blanca, y lo que era más extraordinario, cada uno de ellos llevaba colgado al cuello uno de los cuatro grandes tambores que Riberac había puesto a disposición de sus amigos, y que ninguno había pensado en llevar consigo en su precipitada fuga.

—¡Cuerpo de... una trompeta desafinada!... —masculló el bretón—. ¿Estoy soñando?

—Ni tú sueñas, ni yo tampoco —repuso Petifoque—. Estos son los osos del Aguila Blanca, los compañeros de Nico.

—¿Cómo estás aquí?

—Como su patrón ha muerto, habrán seguido nuestras huellas. Ya sabes que nos demostraban cierta inclinación.

—Peligrosa. Hasta nos atacaron.

Porque los impulsaba el Aguila Blanca.

—¿Y los tambores? Son dos de los que llevábamos.

—No es posible engañarse.

—¿Quién se los habrá colgado al pescuezo?

—Quizás el mismo Aguila Blanca, antes de morir.

—No lo entiendo.

—Ni yo tampoco lo veo claro —dijo el joven gaviero.

—¿Los matamos?

—Tú digiste que tu abuelo fascinaba a los osos polares.

—Así me lo contó mi padre.

—Acaso tus ojos posean aún algo de aquel extraño prestigio. ¿No eres tú su nieto?

—¿Y qué quieres que haga con esas bestias?

—Las llevaremos con nosotros, y cuando nos falten víveres nos las comeremos una tras otra.

—Quizás tengas razón. Si los matásemos regalaríamos algo de carne a los mandanos, y mañana no tendríamos ni una pata si quiera.

—Y además, mira qué tranquilos están. Se diría que esperan de tu parte una caricia o una palabra cariñosa.

—O alguna sonata más bien —respondió el maestro riendo—. Ya sabes que les agrada el redoble del tambor.

—El señor Oxford se encargará de darles ese gusto. Cuando el secretario batía el pellejo de asno, demostraban un regocijo sin igual, y en cambio, su desagrado era evidente cuando redoblaban los tudescos.

Los dos osos, en efecto, permanecían quietos, sin hacer caso de la nieve, que amenazaba cubrirlos. De vez en cuando bostezaban, lanzando bocanadas de aliento cálido y hediondo, y tendían el pescuezo, levantando los tambores.

—El Aguila Blanca los ha amaestrado maravillosamente, no hay que negarlo —dijo Cabeza de Piedra—. ¿Quién hubiera dicho que el viejo cañonero de *La Tonante* había de verse un día caudillo de una tribu de salvajes y domador de osos?

—Y con trece mujeres —añadió maliciosamente Petifoque.

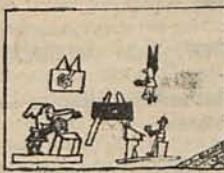
—Cierra el pico; no me hables de eso.

(Continuará en el número próximo.)

# COLABORACION INFANTIL



¿Has visto qué perro más horrible? Ni siquiera tiene una oreja más larga que otra.  
PILAR GILLIS YUSTE.  
Guernica.



Colegio de Pinocho.  
JULIO DIAMANTE.  
Diez años. Alicante.



Un tranvía argentino.  
FRANCISCO PANADEROS.  
Trece años. Buenos Aires.



Charlot, guardia de la porra.  
MANUEL ROBLES.  
Diez años. Madrid.



El estanque del Campo Grande.  
MARÍA PILAR VILLAR.  
Trece años. Valladolid.



Rabio y pateo porque no me compran PINOCHO, que es lo que leo.  
ANTONIO VIÑUELAS.  
Nueve años. Madrid.



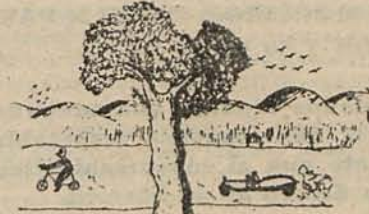
En el campo.  
LUIS GÓMEZ.  
Laredo.



¿Cuál es el colmo de un carpintero? Tener una hija cómoda.  
PILAR VELARDE.  
Once años. Madrid.



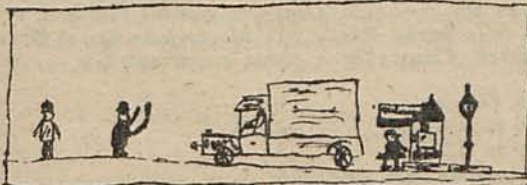
El rancho de mi tío.  
GEORGINA A. BONERINO.  
Diez años. Morón. F. C. O.



La carretera de mi pueblo.  
VICTORIA GONZÁLEZ.  
Trece años. Madrid.



El burro del jardinero.  
RAPAEL AZQUETA.  
Once años. Bilbao.



Parando un auto.  
IGNACIO HERNANDO.  
Siete años. Madrid.



Pinocho dando la vuelta al mundo.  
M. SARDU.  
Once años. Torrelavega.



Pinocho pintando.  
PEPÍN ASENSIO.  
Siete años. Oviedo.



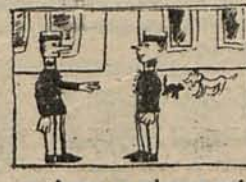
Un idolo fracasado: El Niño de la palma.  
JULIÁN SANTANA.  
Once años. Madrid.



¿En qué se parecen las vacaciones a los aeroplanos? En que se van volando.  
PAQUITO GÓMEZ JORDÁN.  
Trece años. Madrid.



El señor Augusto.  
CARLOS Y JULIO.—Madrid.



—¿A que no sabes en qué se parece un hotel a una mercería?  
—No sé.  
—Pues en que tiene botones.  
L. L. H.—Doce años. Santander.



Alrededores de mi pueblo.  
LUIS MEJÓN.  
Once años. Valencia.



—Ayer me hablaron de usted.  
—¿Quién?  
—Uno que no quiso hablarme de tí.  
MARÍA DEL CORO CLAVERO.  
Trece años. San Sebastián.



El juez de mi pueblo.  
MARÍA VÁZQUEZ.  
Ocho años. Lugo.

Juanito, que padece de fútbol crónico, jugaba a la pelota con su amigo Pedro en la calle. Abstraídos, no se dan cuenta que un policía, a paso de parada, les pararía el juego. Y ved cómo, cogiéndoles de una oreja, los lleva a la comisaría, donde quedó depositado el cuerpo del delito. Puestos en libertad, previa notificación de comparecer ante el juez, Juanito se puso a meditar cómo vengarse del importuno policía. La venganza fue ésta: Dejar la puerta de su casa entreabierta para que se diese el policía en las narices al empujarla al hacer la requisa nocturna. Al día siguiente contó su proeza a Pedrito, quien le abrazó efusivamente.



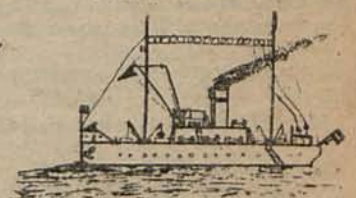
El desafío de Pinocho y Chapete.  
EMILIA REY.  
Doce años. Madrid.



—¿Qué forma tiene la Tierra?  
—¿...?  
—Pero hombre, ¿qué forma tiene mi calzeza?  
—La de una calabaza.  
ANTONIO COBREROS.



Currinche, banderillero.  
PERI HACA.  
Ocho años. Madrid.



Transatlántico.  
ANTONIO MORENO.  
Trece años. Cádiz.



La castañera.  
ADRIÁN TALEGÓN.  
Once años. Madrid.



MANUEL ALVAREZ SOTOMAYOR.  
Melilla.



Un buen astrónomo.  
RAFAEL ABIENZO.  
Diez años.



Un mosquetero  
MARIANO DEL FRESNO.  
Valladolid.



Azañas de Rodolfo Valentino.



RICARDO G. FUENTES.  
Santa Marta.

# Gran Serie de 9 Concursos permanentes

INFINIDAD DE PREMIOS SERÁN ADJUDICADOS POR LOS MISMOS PINOCHISTAS

**CADA UNO DE ESTOS CONCURSOS TENDRÁ DOS SECCIONES: 1.ª PARA PINOCHISTAS MENORES DE DIEZ AÑOS; 2.ª PARA PINOCHISTAS MAYORES DE DIEZ AÑOS. AMBAS SECCIONES SE PUBLICARÁN SEPARADAS, Y LOS PREMIOS SERÁN ADJUDICADOS POR MITAD ENTRE LAS DOS SECCIONES; ES DECIR, QUE SI HAY 100 PREMIOS, SERÁN 50 PARA LA 1.ª SECCIÓN Y 50 PARA LA 2.ª**

**Los Pinochistas premiados tendrán que enviarnos una certificación en la que personas respetables garanticen debidamente que el concursante tiene la edad exigida dentro de su Sección.**

PINOCHO, según anunciaba en su carta publicada en el número 17, ha organizado esta fastuosa y nunca vista serie magna de **Concursos permanentes**.

## 1.º, DE PROBLEMAS

Vuestro ingenio para encontrar *soluciones* está bien acreditado. Veamos ahora vuestro ingenio para encontrar *Problemas*, que publicaremos para que vuestros cofrades Pinochistas busquen la solución. Dichos Problemas pueden ser de todas clases: del estilo de los publicados hasta ahora en PINOCHO o de otro estilo; con dibujos o sin dibujos. Lo que hace falta es demostrar ingenio y hacer Problemas que interesen y diviertan. Claro es que con cada Problema tiene que venir claramente explicada y *en papel aparte* la solución correspondiente, que se publicará en números posteriores con el nombre de su autor. También hay que mandar *con cada problema* un **Cupón de Concursos**.

## 2.º, DE SOLUCIONES

Consistirá en buscar las *Soluciones* a los *Problemas* del concurso anterior y a todos los demás que se publiquen. Con las soluciones de cada número hay que enviar el **Cupón de Concursos**; de modo que para las soluciones a los Problemas del número 20, el Cupón del número 20; para los del 21, el Cupón 21, etc.

## 3.º, DE CHISTES ILUSTRADOS

Ya sabéis cómo son: un dibujo correspondiente a un chiste que le sirve de epígrafe o texto explicativo. El texto debe ponerse debajo del dibujo o al respaldo, nunca dentro del dibujo mismo. Al respaldo debe indicarse siempre el nombre, la edad y las señas del Pinochista, que se repetirán en el Cupón. Como mejor salen reproducidos los dibujos es haciéndolos con tinta china; pero podéis hacerlos con una tinta negra cualquiera que tengáis en casa; **nunca con lápiz ni en colores**. No olvidéis incluir en cada envío el **Cupón de Concursos**.

## 4.º, DE HISTORIETAS

Es decir, de una serie de dibujos unidos entre sí por una idea común con o sin el texto correspondiente. Las historietas tendrán no menos de dos ni más de ocho dibujos. Todo lo dicho para el Concurso de Chistes ilustrados debéis tenerlo por repetido aquí, incluso la advertencia sobre enviar siempre el **Cupón de Concursos**.

## 5.º, DE DIBUJOS

Los dibujos sueltos que no sean chistes entrarán en este Concurso, para el cual, como para todos, hay que enviar un **Cupón de Concursos** con cada dibujo y tener presentes las instrucciones dadas para el **Concurso de Chistes ilustrados**.

## 6.º, DE CHISTES sin ilustrar.

Cada chiste debe venir con un **Cupón de Concursos**.

## 7.º, DE CUENTOS ilustrados o sin ilustrar.

Los cuentos deben enviarse escritos por una sola cara del papel y no tener más de 2.000 letras. Si enviáis ilustraciones para el cuento, mandadlas en papel aparte y nunca con lápiz ni en colores. Con cada cuento hay que enviar un **Cupón de Concursos**.

## 8.º, DE COLORIDO

Publicaremos dibujos de los libros de la *Serie Pinocho contra Chapete*; reproduciéndolos en negro. Como todos tenéis esos libros de *Pinocho contra Chapete*, podéis copiar de ellos los colores que debéis usar para iluminarlos. El concurso consistirá en iluminar los dibujos que publiquemos en forma lo más igual posible a los colores

con que los mismos dibujos están publicados en la *Serie Pinocho contra Chapete*.

## 9.º, DE LOS PINOCHOS MAS BONITOS

Todos habéis leído la *Serie Pinocho contra Chapete*. Y todos los episodios de esta *Serie* incomparable os interesan y os divierten; pero unos os gustarán más que otros. ¿En qué orden los pondríais, atendiendo a vuestro gusto? En esto consistirá este Concurso. Cada Pinochista nos enviará la lista de la *Serie Pinocho contra Chapete*, ordenada según sus preferencias. Nosotros sumaremos los votos que cada episodio haya obtenido para cada puesto de la lista y con el resultado daremos la lista definitiva, según el orden establecido por votación. El *quid* está en adivinar cuáles van a ser las preferencias de los Pinochistas y redactar la lista según esas preferencias (o enviar varias listas, *cada una con su Cupón*) con varios órdenes de colocación diferentes para tener más probabilidades de acertar. Los premios serán para los Pinochistas que nos envíen listas más parecidas a la lista obtenida por la votación general. Si varios Pinochistas envían listas iguales y son más dichas listas iguales que los premios, éstos se sortearán.

Orden en que se han publicado los episodios de la *Serie Pinocho contra Chapete*:      Orden en que los colocaría, según sus preferencias, el Pinochista concursante (1):

- |   |     |
|---|-----|
| 1. Pinocho, Emperador.                            | 1.  |
| 2. Pinocho en la China.                           | 2.  |
| 3. Pinocho en la Luna.                            | 3.  |
| 4. Pinocho en la isla desierta.                   | 4.  |
| 5. Pinocho, detective.                            | 5.  |
| 6. Pinocho al Polo Norte.                         | 6.  |
| 7. Pinocho en el fondo del mar.                   | 7.  |
| 8. Pinocho en la India.                           | 8.  |
| 9. Pinocho I, «el Cigüeño».                       | 9.  |
| 10. Pinocho en el país de los hombres gordos.     | 10. |
| 11. Pinocho en el país de los hombres flacos.     | 11. |
| 12. Pinocho, inventor.                            | 12. |
| 13. Pinocho, domador.                             | 13. |
| 14. Pinocho en Jauja.                             | 14. |
| 15. Chapete reta a Pinocho.                       | 15. |
| 16. Pinocho bate a Chapete.                       | 16. |
| 17. Pinocho, Chapete y los Reyes Magos.           | 17. |
| 18. La ofensiva de Pinocho.                       | 18. |
| 19. Pinocho y la reina Comino.                    | 19. |
| 20. Chapete, cazador de cabelleras.               | 20. |
| 21. Pinocho en Babia.                             | 21. |
| 22. Las jugarretas de Chapete.                    | 22. |
| 23. El falso Pinocho.                             | 23. |
| 24. El triunfo de Pinocho.                        | 24. |
| 25. Chapete, invisible.                           | 25. |
| 26. Chapete en la isla de los Muñecos.            | 26. |
| 27. Pinocho hace justicia.                        | 27. |
| 28. Pinocho, futbolista.                          | 28. |
| 29. Chapete quiere ser héroe de cuento.           | 29. |
| 30. El nacimiento de Pinocho.                     | 30. |
| 31. Chapete en guerra con el País de la Fantasía. | 31. |
| 32. Pinocho se transforma en bruja.               | 32. |
| 33. Pinocho caza un león.                         | 33. |
| 34. Viaje de Pinocho al Centro de la Tierra.      | 34. |
| 35. Pinocho y los tres pelos del mago Filomén.    | 35. |

(1) Escribanse en los huecos en blanco todos los títulos de la serie por el orden en que los prefiera. También se puede escribir la lista en otro papel.

Nombre y señas del votante.....

## CONDICIONES COMUNES A TODOS LOS CONCURSOS

1.ª Cada **Concurso** tendrá dos secciones: PRIMERA SECCIÓN, para niños menores de diez años. SEGUNDA SECCIÓN, para niños mayores de diez años y menores de catorce. Todo envío que no indique la edad de su autor, será rechazado. Todo autor que no diga su edad verdadera, será descalificado. Para recibir un premio será condición precisa acreditar la edad requerida para la Sección correspondiente y acreditar igualmente ser el verdadero

autor del trabajo. Por ambas cosas se exigirá una declaración escrita, en la que una persona respetable las garantice.

2.ª Cada envío de cada **Concurso** deberá venir con un **Cupón de Concursos**. Se rechazarán todos los envíos que contengan más de un trabajo y un solo **Cupón**, aunque los trabajos sean para **Concursos** distintos. Es decir, que si mandáis **tres** trabajos para un solo **Concurso**, habéis de enviar **tres Cupones**; si enviáis un trabajo para cada **Concurso** (total, **nueve**) debéis enviar **nueve Cupones**. Esta exigencia de los Cupones, que no tendremos más remedio que llevar a rajatabla, tenéis que comprender que es necesaria, porque si no se pone alguna restricción, el gran montón diario de envíos se convertiría en terrible y aplastante montaña; nos volveríais completamente locos y además no podríamos nunca publicar una cantidad tan formidable de cosas. De nada serviría admitirlo todo venga como venga y publicar sólo una pequeña parte. Mejor es que el **Cupón** os obligue a enviarnos sólo lo que esté mejor, y tened la seguridad de que estando bien se publicará. **Hacemos excepción para los suscritores**, que tendrán el privilegio de poder enviar un trabajo para cada **Concurso** con un solo **Cupón** (o sea **nueve** trabajos *diferentes*, destinados cada uno de ellos a un **Concurso** distinto, con un **Cupón** para todos). Pero no podrán enviar con un solo **Cupón** más de un trabajo para cada **Concurso**; es decir, que si un suscriptor quiere enviar dos dibujos, tiene que enviar **dos** Cupones: **tres** Chistes, **tres** Cupones; **un** Chiste, **un** Cuento y **un** Problema, puede mandarlos **el suscriptor** con un **Cupón** para los tres envíos ( viniendo juntos con el **Cupón**, naturalmente), mientras que el que no sea suscriptor debe enviar **tres** Cupones.

3.ª Con los envíos para **Concursos** no debe enviarse ninguna otra cosa independiente de ellos.

4.ª El hecho de tomar parte en estos **Concursos** implica la aceptación de todas sus condiciones y la renuncia a toda reclamación por cualquier concepto. No se devuelven los originales.

## PREMIOS

1.º La adjudicación de premios se hará en dos formas: I. Por votación de los mismos Pinochistas en aquellos **Concursos** que permiten hacerlo así, y que son: *Problemas, Chistes, Dibujos sin texto, Chistes ilustrados, Historietas, Cuentos*. II. Por decisión del Jurado de PINOCHO en los **Concursos** que no se prestan a la votación y que son los de **Colorido**, de **Soluciones** y de **Los PINOCHOS más bonitos**.

2.º La adjudicación de premios por votación se hará en la siguiente forma: En el último número de cada mes publicaremos seis *Boletines de votación*, que cada Pinochista deberá llenar, indicando en ellos cuál es, a su juicio, el mejor envío que de cada uno de los seis **Concursos** sujetos a votación se ha publicado durante el mes. La votación estará abierta durante sesenta días (para que puedan votar los Pinochistas americanos). Dentro de los quince días siguientes a la clausura de la votación mensual, se hará el escrutinio y se publicarán sus resultados.

El Pinochista que haya obtenido más votos dentro de cada **Concurso** y **Sección** recibirá el premio correspondiente al mes. Como son **6 Concursos** y cada uno tiene **dos** Secciones, serán **12 premios cada mes**, sólo para estos tres Concursos. Los premios consistirán en libros de *Cuentos de Calleja*. Los demás Pinochistas que hayan obtenido votos para el premio tendrán *Mención honorífica*, publicándose su nombre en PINOCHO, lo cual, además, les hará acreedores a que publiquemos su retrato cuando nos lo envíen y tengamos sitio para ello.

3.º **Premios para el Concurso de Soluciones**.—El Jurado de PINOCHO examinará cada tres meses las que haya recibido y concederá **dos premios** para cada **Sección** (o sea **cuatro**

en total), para las **cuatro** mejores Series de Soluciones que recibamos. En el mes de marzo de 1926 se sortearán otros **cuatro premios** entre todos los Pinochistas que nos hayan enviado la Colección completa de Soluciones bien hechas a todos los problemas publicados durante el año 1925. Las soluciones deben enviarse por números, es decir, todas juntas las de un número y separadas (en sobre distinto) las de números distintos.

En este **Concurso**, por excepción, no hace falta un **Cupón de Concursos** para cada Solución, sino un **Cupón de Concursos para la Solución de cada número**.

4.º **Premios para el Concurso de Colorido**.—Entre todos los que envíen para este **Concurso** (cada dibujo con su **Cupón de Concursos**) dibujos que reproduzcan bien los colores de los originales, sortearemos **cuatro** trajes de Pinocho (**dos** para cada **Sección**), y luego publicaremos el retrato de los cuatro coloristas, vestidos de Pinocho. Además sortearemos libros de cuentos por valor de **doscientas pesetas** (cien para cada **Sección**) entre todos los que presenten dibujos con colores bien copiados. Oportunamente anunciaremos la clausura de la 1.ª Serie de este **Concurso** y del siguiente, que tendrán varias, si os gustan, como esperamos.

5.º **Premios para el Concurso de los Pinochos más bonitos**.—Los premios serán ciento (cincuenta para cada **Sección**), y los cuatro primeros serán colecciones de la *Serie Pinocho contra Chapete*, encuadradas en tela y con el nombre del Pinochista premiado, estampado en la tapa con letras de oro.

6.º **Premios extraordinarios**.—I. A fin de año organizaremos un sorteo extraordinario para adjudicar **cuatro premios importantes** entre todos los que durante el año hayan obtenido premios o menciones honoríficas en esta **Gran serie de Concursos permanentes**.

II. En Navidad se organizará un **Gran sorteo de regalos espléndidos**. Para ese sorteo recibirá:

100 Números cada suscriptor a PINOCHO.

100 Números cada Concursante que haya obtenido premio o mención honorífica a la **Gran serie de Concursos permanentes**.

100 Números cada autor de un trabajo publicado en la **Gran Serie de Concursos permanentes**.

Es decir, que los premiados en estos Concursos recibirán 100 números como autor de trabajo publicado, más 100 como autor premiado; total, 200; y si, además, es suscriptor, 100 más, o sean **300 Números** para el **Gran sorteo de regalos de Navidad**.

# PINOCHO

## CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NÚM. 20

El Pinochista D. ....

de ..... años, y cuyas señas son .....

remite un trabajo para el Concurso de ..... (1).

Fecha ..... (Si es suscriptor, poner el número .....)

(1) Indicar el que sea de los **nueve**. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

# SEGUNDA SERIE DE CONCURSOS

## ACCÉSITS

(Continuación).

Emilio Aguatín (Madrid), Amelia Aranda (Zaragoza), María Elea Arizmedi (San Sebastián), Conchita Oria (Santander), Alberto Ortiz (San Sebastián), Angel Andrés y Jiménez (Madrid), A. Arregui (Madrid), Tomás Archilla (Madrid), Arnaldo Azzatti (Valencia), Juana Abello (Barcelona), Julia Alabart Pou (Barcelona), María del Carmen Alcover (Avila), Juan Acevedo (Toledo), Bartolomé Almoqueru (Madrid), Antonio Ariano (Zaragoza).

Joaquín Aladeréu (Zaragoza), Angelita Alonso Castrillo (Madrid), Pepito Alonso (Daroca), Ricardo Alonso Betis (San Sebastián), María Victoria Ariza (Orense), Francisco Adrados (Madrid), Manuel Argüelles (Oviedo), Paquita Alarcón León (Madrid), Antonio Agustín (Madrid), Francisco Abella (Madrid), Emilio Arroyo (Talavera de la Reina), Manuel Antolínez (León), Pituca Azcona (Zaragoza), María Alonso (Madrid), Antonio Aguirre (San Sebastián), Pepito Bou (Puerto Rico), Francisco Bañuls (Barcelona), Ernesto Bonilla (Madrid), Luis de Cll. de Bental (Madrid), Teresita Bermúdez (Madrid), Paca Bonillo (Almería), Carmen Barón (Madrid), Lourdes Barasona (Madrid), Rafael Bueno (Madrid), Juan Carreño (Cáceres), Ignacio Canal (Barcelona), Manuel del Castillo (Madrid), Santiago Carazo (Madrid), Antonio Company (Alcoy), Luis Carrera Molina (Barcelona), Manolo Cano (Alcoy), Nazario Cuadrados (Madrid), Antonio Campuzano (Santander).

Santiago Cabezas (Barcelona), Fernando Claudin (Málaga), María Julia Claudio (Cartagena), Alfredo Claudio (Cartagena), José Cerón (Algeciras), José Conde Sánchez (Málaga), María Cruz (Madrid), José María Castañón (San Sebastián), Francisco Cácer (Madrid), Luis Sanz Carrasa (Zaragoza), Jesús Cuzzani (Madrid), Luis Carrasco (Madrid), Juanito Campuzano (Santander), José Casquero (Málaga), Alejandro Castro y Calzado (Madrid), Carmen Cuyás (Barcelona), Anita Casariego (Lugo), Manuel María Cruz (Huelva), Arturo Collados (Albacete), Cristina Díez (Madrid), Luis Dandin (Madrid), Antonio Dardo (Zaragoza), Loli Durán (Oviedo), Fernando Díaz (Gerona), Gabriel Doras (Vitoria), Félix Díez (Madrid), Juanito Domingo (Málaga), Enrique Estéfani (Madrid), María Teresa Elósegui (San Sebastián), José María Escario (Madrid), María del Pilar Escudero (Zaragoza).

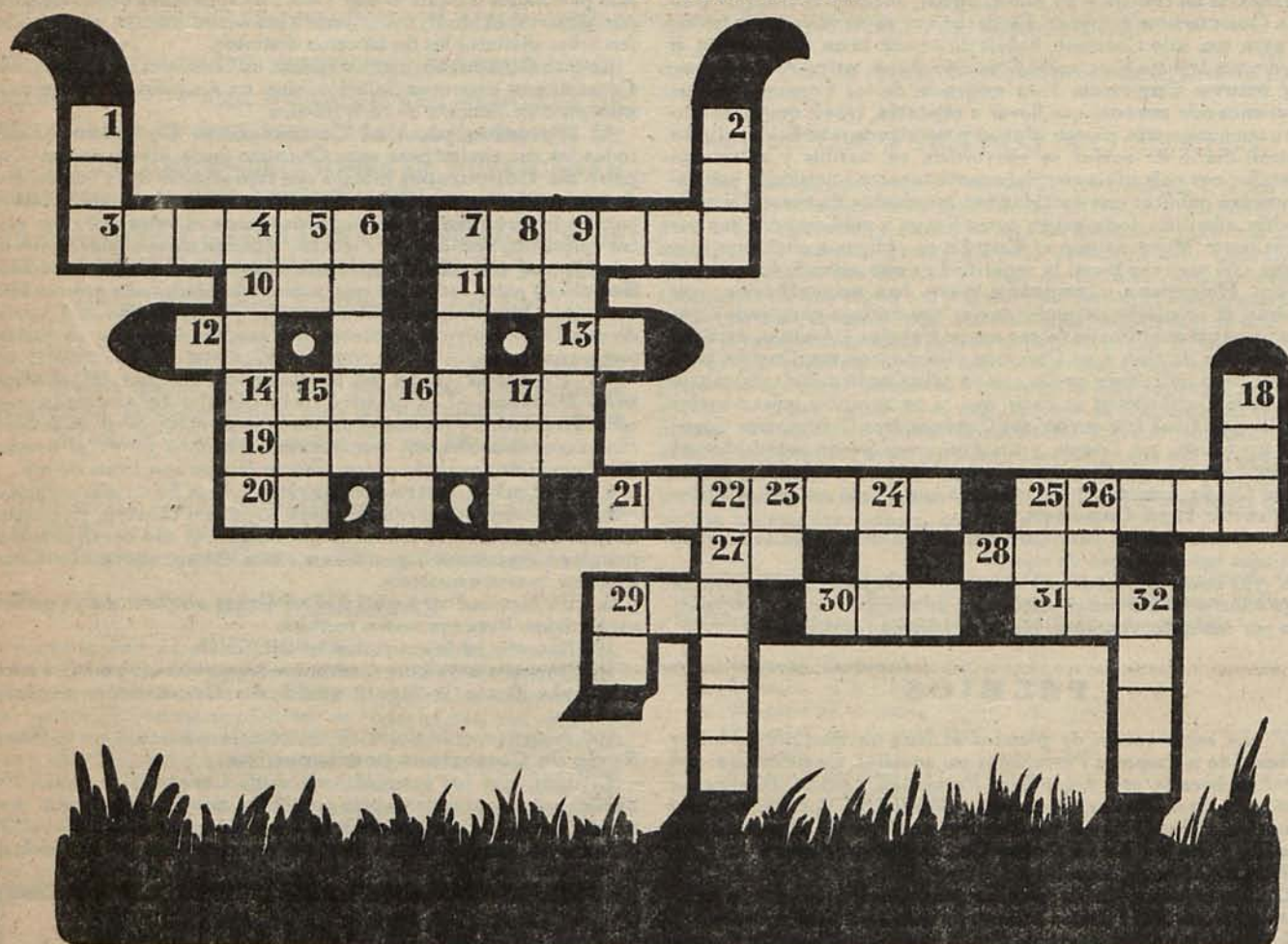
Florentino Esteban (Avila), José Luis Fernández de Landa (Vitoria), G. Ferreres (Madrid), Julio Fernández (Madrid), Paquito Fernández (Madrid), Pepito Fernández (Valencia), Teresita Fernández Cos (Jaén), Carlos Frías (Albacete), Víctor Fernández (Gijón), Blanca Frías (Albacete), Emilita, Rosita y Margarita Fernández (Madrid), Carmen G. Ramos (Valladolid), Angelita García (Madrid).

(La lista de Pinochistas premiados continuará en el número próximo.)

# CONTINUACION DE NUESTROS CONCURSOS

## ANTERIORES

### PALABRAS CRUZADAS



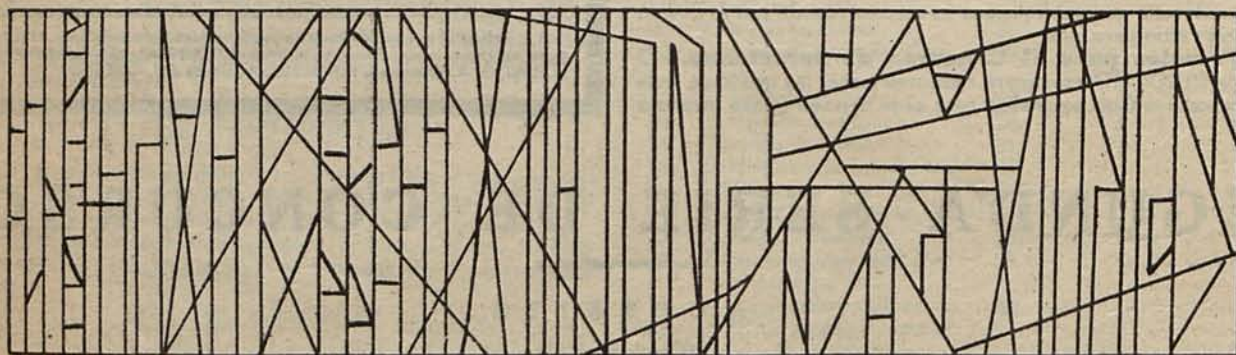
#### LISTA DE INDICACIONES

##### HORIZONTALES.

3. Estropeas.—7. Se bambolea.—10. Pájaro.—11. Fuente calorífera.—12. Artículo.—13. Contracción gramatical.—14. Categoría en el toreo.—19. Aconseja.—20. Tiempo de verbo.—21. Sin sentido.—25. Lo que hace un utensilio de cocina.—27. Contracción gramatical.—28. Título.—29. No está bien.—30. Licor.—31. El Papa lo dice.

##### VERTICALES.

1. Existir.—2. Saludo.—4. Cargantes.—5. Iniciales de una parte del ejército.—6. Tiempo de verbo.—7. Atrevido.—8. Interjección usada con las bestias.—9. En el huevo.—15. Tiempo de verbo.—16. En el puchero.—17. Reza.—18. En el pájaro.—22. Natural de isla asiática.—23. Pronombre.—24. Me atrevo.—25. Preposición.—26. Número.—29. Pronombre.—32. Nombre propio.



#### LOS CÍRCULOS

En este rectángulo, y entre este intrincado laberinto de rayas, hay tres nombres de tres amigos vuestros, que son: PIRULA, PINOCHO y CHAPETE. ¿Cómo encontrar estos nombres? Prestad atención: Hay que recortar en un papel un círculo de tres centímetros de diámetro y otro de cuatro centímetros. El hueco de tres centímetros lo ponéis sobre el dibujo y lo vais recorriendo hasta encontrar dentro de él el nombre PIRULA y el de CHAPETE, y con el hueco de cuatro centímetros hallaréis el nombre de PINOCHO.

#### LOS NOMBRES

Aunque no lo parezca, este cuadro es un cartel. Tanta agua le cayó encima, que se borraron, como veis, una multitud de líneas. Si conseguís reconstruir esas líneas aprovechando las existentes, formaréis cuatro renglones horizontales, cada uno de los cuales será el nombre de un héroe muy conocido de los Pinochistas.

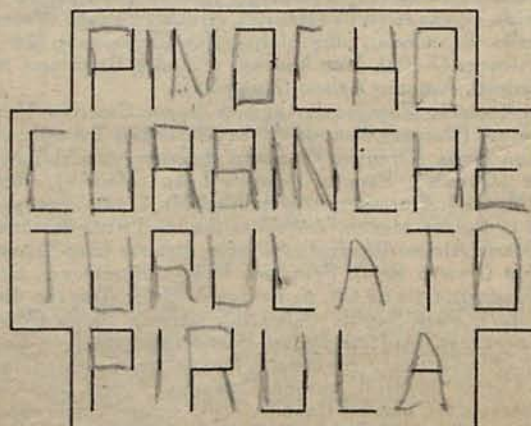
#### A NUESTROS CONCURSANTES

Con estos problemas termina la quinta serie de nuestros concursos, correspondiente a los números 17, 18, 19 y 20. El plazo de admisión para las soluciones terminará el 1.º de septiembre.

En el próximo número daremos la lista de premios correspondiente a esta serie.

**CUPÓN 20**

Concursos anteriores PINOCHO



# CÓRTESE ESTA PÁGINA POR LAS LÍNEAS DE PUNTOS

**CUADRÍCULA** para enviar los CUPONES 1 a 8 y obtener su canje por 50 NÚMEROS para el sorteo de regalos de PINOCHO.

Lléñense los huecos de esta hoja, siguiendo cuidadosamente las instrucciones. Córtese después la hoja y remítase a la Editorial «SATURNINO CALLEJA», S. A. Apartado 447. - Madrid.

**SEÑAS:** Pueblo ..... Provincia .....

Calle ....., núm. ...., Nación .....

Apellidos .....

Nombre ..... Edad ..... años.

¿Es suscriptor? ..... Si lo es, indique el número ..... ¿Cómo desea recibir los números para el sorteo? (1).....

Remite para gastos de envío (2) { ochenta céntimos cincuenta céntimos en sellos. Las cartas que contengan dinero deben certificarse siempre.

(Fecha y firma.)

Péguese aquí el

**Cupón n.º 1**

Péguese aquí el

**Cupón n.º 2**

Péguese aquí el

**Cupón n.º 3**

Péguese aquí el

**Cupón n.º 4**

Péguese aquí el

**Cupón n.º 5**

Péguese aquí el

**Cupón n.º 6**

Péguese aquí el

**Cupón n.º 7**

## INSTRUCCIONES

Será nulo todo envío de cupones que esté en uno de los casos siguientes:

1.º No traer ocho cupones consecutivos del 1 al 8 pegados en sus cuadros correspondientes.

2.º No traer completa y claramente escritas el nombre y señas del remitente.

3.º No enviar con los cuadritos cincuenta céntimos cuando los números para el sorteo hayan de enviarse a domicilio y ochenta céntimos cuando hayan de remitirse certificados. (El valor que en toda España se da a este sorteo nos hace aconsejaros que pidáis el envío certificado y que certifiéis también las cartas en que remitáis la cuadrícula con el importe de los gastos de envío.)

4.º Será también nulo todo envío que traiga en el mismo sobre que la cuadrícula y los sellos para envío de cupones alguna otra cosa. Se permite, sin embargo, enviarnos con los cupones una carta a los que deseen hacerlo.

5.º Los envíos procedentes de España habrán de llegar a esta Redacción antes del 30 de julio de 1925. Los envíos procedentes de América habrán de llegar a esta Redacción antes del 30 de septiembre de 1925. Establecemos esta diferencia porque los Pinochistas de América no tienen tiempo material de enviar los cupones antes de la fecha que señalamos, y, además, porque como es seguro que recibiremos muchísimas cuadrículas, necesitamos tiempo para las operaciones que hemos de hacer antes de enviar los números a cada cual, operaciones todas muy sencillas cuando se trata de un par de docenas, pero complicadísimas si se trata de muchos miles. Lo advertimos desde ahora para que no os impacientéis ni nos enviéis reclamaciones antes de un mes de habernos remitido la cuadrícula. El que no reciba los números que le correspondan pasado un mes de haber remitido la cuadrícula, puede entonces reclamar. Pero advertimos que **no contestaremos a nadie que no remita sello para la respuesta, y repetimos la recomendación de certificar la carta en que enviéis los cupones.**

6.º También se anularán los envíos que no traigan el sobre escrito así:

**EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.**  
**PARA EL SORTEO DE PINOCHO**  
**Apartado 447.**  
**MADRID**

(1) Indíquese la que se desee de estas tres formas:

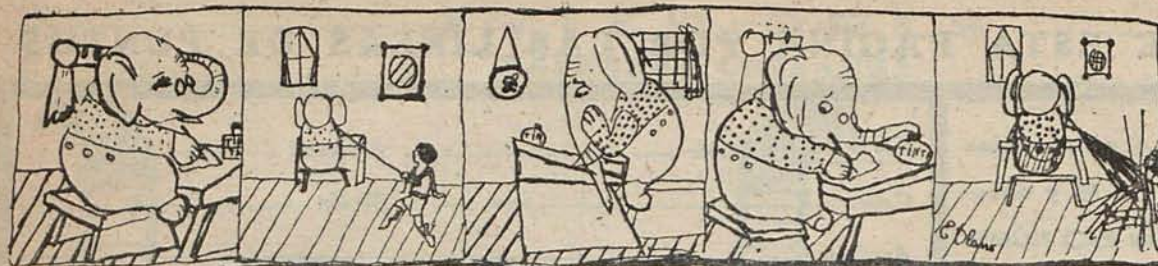
1.º *En propia mano.*—Para ello se presentará la cuadrícula con los cupones pegados y llenas todas las casillas con las respuestas correspondientes en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., calle de Valencia, 28, Madrid. Los números correspondientes se entregarán al portador **completamente gratis.** Agradeceremos a todos los que puedan que elijan esta forma.

2.º *Por correo certificado.*—Con la cuadrícula habrá que remitir ochenta céntimos para gastos de envío y franqueo. Dado el interés que despierta este sorteo, será prudente pedir el envío de los cupones certificado. Lo decimos aunque el certificar sea para nosotros un trabajo costoso sin beneficio alguno.

3.º *Por correo sin certificar.*—Con la cuadrícula habrá que remitir cincuenta céntimos para gastos de envío y franqueo.

(2) **Bórrese lo que no convenga.**

# HISTORIETA MUDA



E. OLANO.



¡Hay que ver lo que favorece este uniforme, con lo feo que era yo antes!  
PILAR PELLICO.  
Doce años San Sebastián

## Un juez listo.

Un señor muy rico perdió por descuido una gran suma de dinero. En seguida puso un anuncio ofreciendo cien pesetas a la persona que le devolviese el dinero. Pronto se presentó un hombre con el dinero y dijo al señor: «Vuestro dinero he encontrado; tenedlo.» Muy contento se puso el señor y contó repetidas veces el dinero, pensando al mismo tiempo cómo podría librarse de entregar al encontrador las cien pesetas. Por fin, le dijo: «Buen amigo, esta bolsa contenía ochocientas pesetas y no veo nada más que setecientas. De modo que ya debe usted haber cogido las cien pesetas de gratificación. Ha hecho bien; así estamos en paz.» Ya comprenderéis, pequeños lectores, que lo que hizo este señor estuvo muy mal; pero como Dios castiga siempre a los malos, veréis lo que le pasó. El honrado hombre aseguró que no había cogido las cien pesetas y que había devuelto la bolsa tal como la encontró. Tuvieron una discusión que les obligó a presentarse al juez. Cada uno contó lo sucedido. El juez, que era muy listo, comprendió en seguida la falsedad del uno y la honradez del otro, y dijo: «Puesto que usted ha encontrado una bolsa con setecientas pesetas y usted ha perdido una con ochocientas, no le pertenecen las setecientas pesetas.» Y terminó diciendo al encontrador: «Amigo mío, guarde bien este dinero hasta que venga alguien que haya perdido setecientas pesetas; y usted —le dijo al señor, que no se podía tener de rabia—, espere hasta que venga alguien con sus ochocientas pesetas.» CARLOS CALVO.  
Quince años. Madrid.

## El defecto de Luisito.

Luisito era un niño muy aplicado; pero tenía un defecto grande: era muy goloso. Un día que en su casa le habían dejado solo, dijo: «Esta es la mía; voy a merendar a mi gusto». Se fué derecho a la despensa, y cuál no sería su sorpresa al encontrarse que las galletas, chocolates y mermeladas se habían transformado en unos diminutos hombrillos que no tenían más altura que el tamaño de un alfiler. Uno de ellos dió órdenes, en su lengua, se abalanzaron sobre Luisito y lo ataron fuertemente. «Toma; éste es el premio que damos a tu glotonería», y desaparecieron, volviendo a sus puestos. Cuando regresó la mamá de Luisito, viendo que el niño no salía a recibirla, lo buscó por toda la casa y lo encontró en la despensa, desmayado. La madre, asustada, lo cogió en sus brazos y el niño abrió los ojos, contando a su mamá lo ocurrido. Por último, se echó a llorar, diciendo: «Perdóname, mamita; te prometo no comer dulces más que cuando tú me los des». Y Luisito no volvió a ser goloso.

CARLOS YUSTA.  
Nueve años. Madrid.

## El granjero astuto y el enano.

Un granjero, en cuya hacienda se levantaba una colina, decidió que ésta no permaneciese baldía y empezó a labrarla. Apenas hubo comenzado su trabajo, un enano que la habitaba salió del seno de la tierra y preguntó airado por qué se atrevía a arar el tejado de su casa y turbar su descanso. El granjero presentó sus excusas con humildad y después indicó que en interés de ambos la colina debía ararse para que rindiese cosechas.

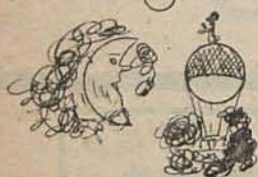
Al principio el enano no quería consentir; pero el granjero se ingenió para convencerle: le dijo que haría todo el trabajo personalmente si el enano se avenía a que el primer año fuese para el granjero todo lo que creciese encima de la tierra, y para el enano lo que debajo de la tierra creciese, y en el segundo año fuese para el granjero lo de abajo y para el enano lo de encima.

El enano asintió a este convenio; pero el astuto granjero plantó trigo en el primer año y dejó las raíces para el enano y el grano para sí, y en el segundo año plantó zanahorias y dejó las hojas para el enano y para sí las raíces.

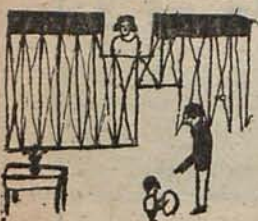
ENRIQUE F. RAFFO.  
Trece años, Unquillo (República Argentina).



Palacio real.  
R. R. A.  
Once años. Colombia.

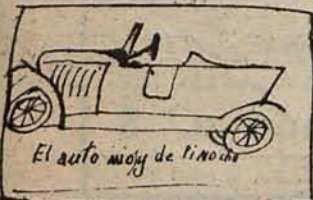


Pinocho a la Luna.  
PABLO CLEMENTE.  
Once años. Pontevedra.



El padre.—Mira, niño, que te voy a pegar.  
El hijo.—Pero papá, si hoy no es sábado para cobrar.

ENRIQUE JAÉN.  
Bilbao.



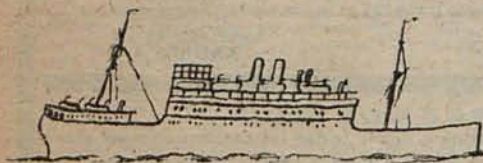
El auto woy de Pinocho

BALDOMERO MÁRQUEZ.  
Diez años. Badajoz.

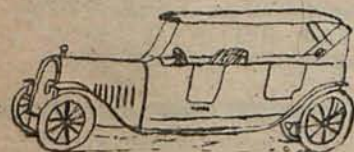


—Acabo de hacer feliz a una mujer.  
—¿Cómo es eso? Cuenta.  
—Pues querían casarme con una chica deliciosa..., y no he aceptado.

ANTONIO ALBARRÁN.  
Diez años. Barcelona.



Un transatlántico.



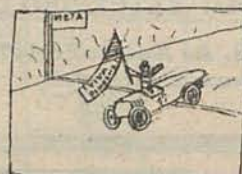
Apunte del natural.  
CORNELIO FLORES M.  
Bogotá.



La muñequita Pirula, gentil compañera del famoso muñeco Pinocho.  
CONSUELO FAJARDO.  
Trece años. Madrid.



El arte de pescar con caña.



Llegada del auto de Pinocho a la meta.  
GASPAR ALONSO ALVAREZ.  
Once años. Madrid.



CARMELA DE GÓNGORA.  
Ocho años. Madrid.



Pinocho, triunfador de tantos peligros.  
G. LASPIA.  
Once años. Barcelona.



Don José con su niño.  
ANTONIO Y.  
Ocho años. Málaga.



En las carceres.  
MANUEL GÓNGORA GÓMEZ.



Examen de Historia:  
—¿Quién fué Viriato?  
Viriato... fué un monarca anglo-sajón hijo del gran Cicerón y de la bella Friné.  
ANGEL PIERA Y FERNANDO GUTIÉRREZ.  
Barcelona.

# EL NACIMIENTO DE PINOCHO

(Conclusión.)

Pero el Hada no escucha y prosigue:

—Mi misión es otorgarte una cualidad: elige la que prefieras.

La sorpresa causada momentos antes por la aparición del «mamarracho» no era nada si se compara con lo que producen estas palabras del Hada madrina. Y la indignación, aunque contenida, es aún mayor que la sorpresa. El Polizonte está a punto de perder su *flema* y mordisquee con rabia su bastón de mando; la hermosa Muñeca rompe nerviosamente cuatro «vigudís» de viruta; una sonrisa sarcástica desfigura el lindo rostro de la Bailarina; el Pierrot se arranca un botón de terciopelo...

Pero ninguno pronuncia palabra; les contiene el respeto al Hada y, acaso, acaso, el presentimiento de que allí va a ocurrir algo muy grande.

—¿Qué cualidad prefieres? —repite el Hada—. Habla.

El pobre fantoche levanta la cabeza, y con vocecilla temblona contesta:

—Señora Hada... Usted es muy buena..., pero yo..., la verdad, creo que lo mejor es des-hacerme...

—¿Qué dices? —interrumpe el Hada conmovida.

—Ya ve usted: el autor de mis días me abandonó por feo; el dueño de esta fábrica, tan atento y cuidadoso con todos los muñecos, se rió de mí y me despreció hasta el punto de convertirme en espantapájaros; ni aun a los gorrones logré inspirar más que burlas; luego, unos golfillos me zarandearon y me arrojaron como a un pelele: a pesar de su pobreza, ni para juguete me quisieron. Y cuando, gracias a las palabras de usted, señora Hada, he empezado a hablar y moverme, ha sido para que los demás muñecos se ofendan conmigo por haberlos llamado hermanos.

El fantoche hace una pequeña pausa y concluye tristemente:

—Bien se ve: nada valgo, nada merezco. El don que la pido, señora Hada, es que me vuelva a mi primitivo estado de madero informe.

Inmóvil y silenciosa, inclinada hacia él, el Hada escucha al muñeco, y por sus mejillas ruedan dos lágrimas como dos diamantes.

Todos los muñecos están silenciosos y un poquito avergonzados; sólo se escucha el *tic tac* del fantástico relojito.

Y en medio del silencio, con voz grave y pausada, el Hada habla.

—Muñeco feo, muñeco grotesco, el más despreciado y des-

dichado de los muñecos, aunque yo no haya podido concederte una cualidad porque ignoraba tu presencia, en tu cuerpo contrahecho anida la más bella de todas: la bondad. Fuiste tratado con desdén, orgullo y crueldad por cuantos te vieron, desde tu creador hasta tus hermanos. Por esta injusticia y por tu humildad eres desde ahora mi ahijado predilecto, y como tal, te auguro un porvenir de gloria no alcanzada en el mundo por muñeco alguno. Tu fealdad se convertirá en belleza y tu timidez en osadía y valor.

Dicho esto, con su varita de oro y marfil le toca la cabeza, que al punto queda cubierta con un precioso gorro de raso encarnado; luego le toca el cuerpo, que se cubre con un magnífico traje de casaca azul y pantalón escarlata, de corte impecable y de paño finísimo.

El cambio que se opera en el muñeco es asombroso: se endereza con fiero ademán de gallardía serena; la luz del genio brilla en sus ojos y una sonrisa de alegre simpatía dibuja su boca; y su nariz, aunque no se acorta un milímetro, adquiere la gracia y perfección especiales que cobra toda su figura.

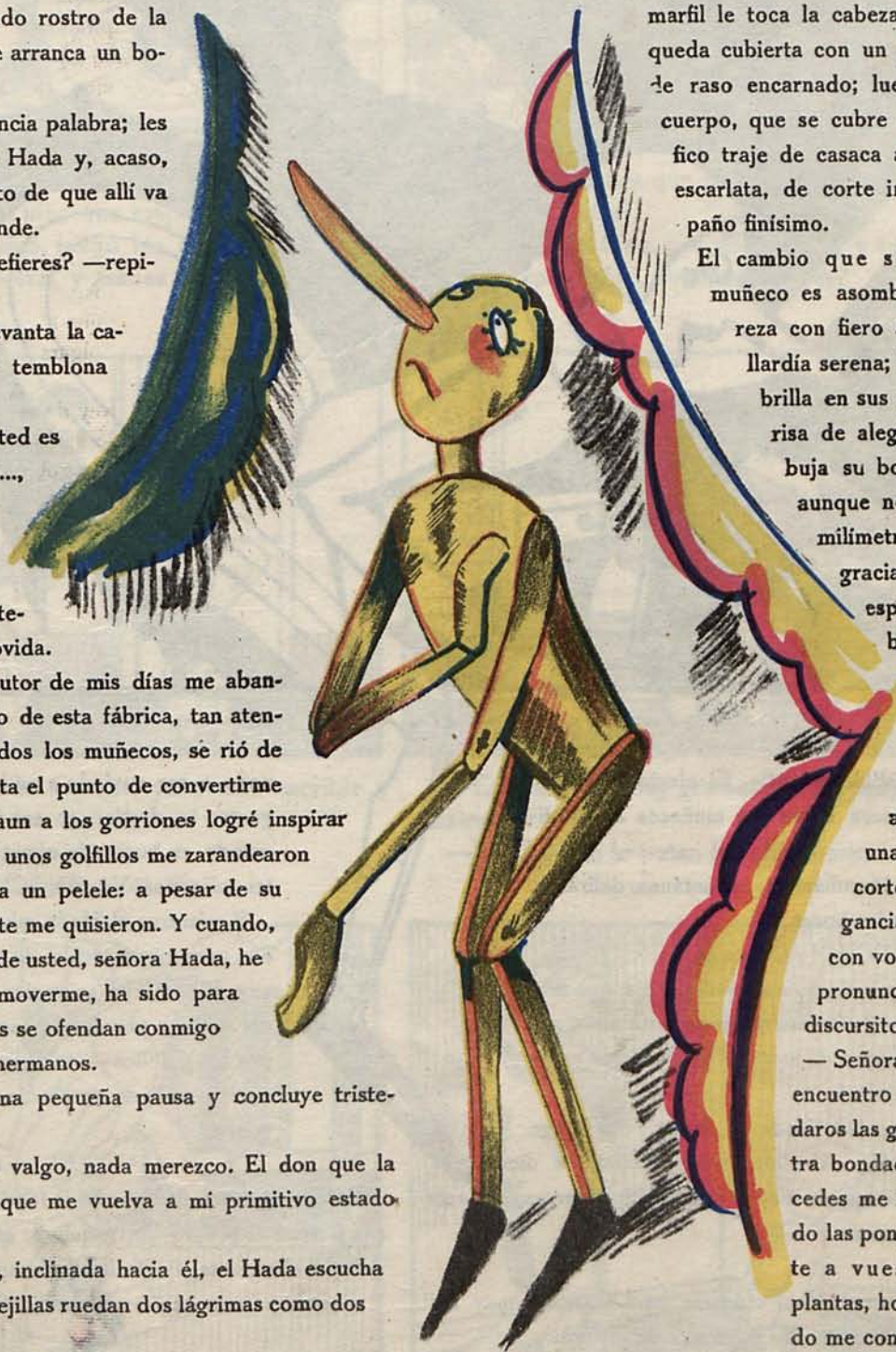
El transfigurado muñeco describe ante el Hada una reverencia de corte, de una elegancia exquisita, y con voz firme y sonora pronuncia el siguiente discursito:

—Señora madrina: no encuentro palabras para daros las gracias por vuestra bondad; cuantas mercedes me habéis concedido las pongo rendidamente a vuestras augustas plantas, honor que no dudo me concederéis.

El Hada sonríe satisfecha por la cortesía de su nuevo ahijado; le coge en sus brazos, le besa y añade:

—Algo te falta: un nombre. Quiero regalarte uno. ¿Cómo te gustaría que fuese?

—Sencillo y alegre, como quiero ser yo.



—¡Bravo, muñecol. Me gusta que no seas vanidoso. Otro quizás habría pedido un nombre ilustre para pavonearse con él.

—Buena tontería enorgullecerse por las acciones ajenas —respondió nuestro amigo—. Prefiero poca gloria, pero mía.

—Tu gloria será tuya y sólo tuya, PINOCHO, que así te llamarás —dijo el Hada— en memoria de la madera de pino de que fuiste hecho. Tu nombre, hoy humilde y desconocido, será famoso entre los muñecos y entre todos los niños, y quedará para siempre como símbolo de valentía, de bondad, de inteligencia, de ingenio, de habilidad, de perspicacia y, sobre

mis ojos encantados perderán el recuerdo de tan esplendorosa reunión de perfectas bellezas.

—Yo no he puesto nunca en duda que nuestro querido amigo DON PINOCHO es un perfecto caballero —dice el elegante Pierrot al Polichinela.

—¡Qué bien sabe hablar a las damas! —suspira la Bailarina—. ¿Por qué no le habré conocido antes?

—¿Pues y su nariz? ¡Es una obra maestra!

PINOCHO sonríe indulgente. Ha oído estas palabras de elogio al triunfador y no quiere recordar las otras tan crueles que las precedieron.

—Y ahora —ordena el Hada—, parte; tú no estás desti-



todo, de irresistible simpatía. El efecto que estas palabras producen sobre los muñecos es prodigioso.

Una aclamación unánime, espontánea, delirante, brota de todas las bocas.

—¡Viva PINOCHO! ¡Vivaaaaa!

PINOCHO sonríe amablemente a los que momentos antes le despreciaron, porque su alma privilegiada es incapaz de sentir el rencor, que es un sentimiento bajo y feo.

Uno por uno les tiende la mano y les dirige una frase amable. Al Polichinela escarlata le dice:

—Cuando yo quiera decir algo gracioso procuraré acordarme de tu ingenio.

Al Clon:

—Sospecho que en mi vida me hará falta ser muy ágil. Quizás te pida que me des lecciones de gimnasia.

Al Policeman:

—Y a ti, de inglés.

Después de estrechar vigorosamente la mano de todos los muñecos y besar galantemente las puntas de los deditos de trapo o de biscuit de las muñecas, proclama:

—Sea cual sea la suerte que el porvenir me reserve, y aunque en mis viajes deba encontrar las sirenas en persona, jamás

nado a ser enviado a un bazar para servir de juguete; tu destino es ser libre y marchar por el mundo en busca de aventuras maravillosas y extraordinarias. Vé, PINOCHO, vé hacia tu destino.

Y mientras el Hada esboza un gesto de adiós y una nueva aclamación de sus hermanos atruena el aire, PINOCHO se acerca a la ventana —a la misma ventana por donde pasó, horas antes, arrojado por los golfillos—, salta ligero y ágil al jardín y su silueta gallarda se pierde en la oscuridad de la noche.

o o o

Al día siguiente el dueño de la fábrica, el portero, los obreros y hasta el propio Currusquín se quedaron estupefactos al ver que el espantapájaros había desaparecido.

—¡Bah, para lo que servía! —dijo el papá con desprecio.

FIN

**EL NACIMIENTO DE PINOCHO** se acaba de publicar en la *Serie Pinocho contra Chapete*, aunque nadie lo ha visto hasta terminarse aquí su publicación.

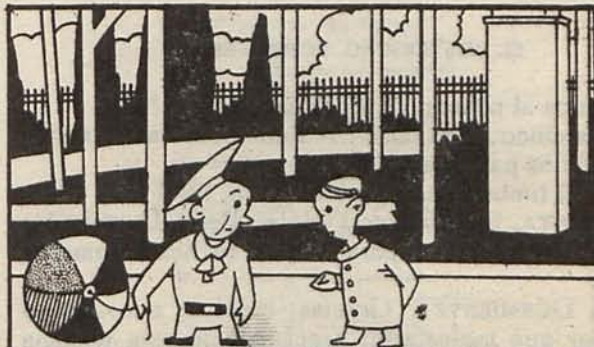
Lo advertimos para los coleccionistas, que pueden pedir este nuevo episodio en todas las librerías o a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Apartado 447-Madrid, enviando su importe (1,50 pesetas), más 0,75 para gastos de envío y certificado.



# BUENOS Y MALOS

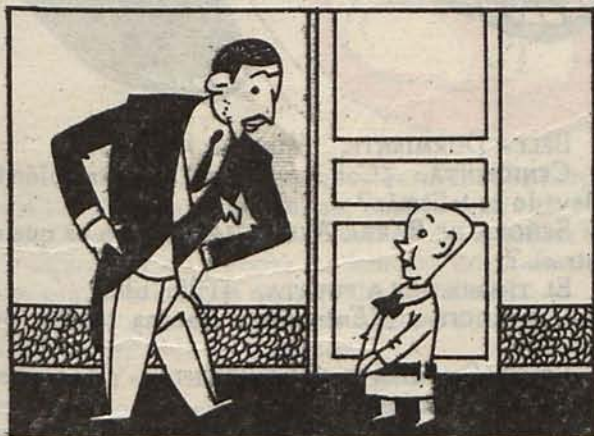


—¡Periquín! No te comas las uñas, rico; pues yo conocí a un niño que empezó como tú, comiéndose las uñas, luego los dedos, después la mano con el brazo, y ¿sabes cómo acabó? ¡¡En antropófago!!



—¡Parece mentira que tu padre sea zapatero y lleves alpargatas!

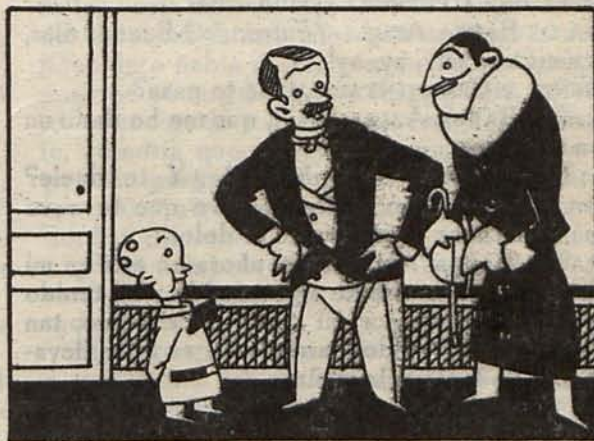
—Pues ¿y el tuyo, que es dentista, y tu hermanito, el pequeñín, no tiene dientes?



—Aquí donde me ves, yo puedo escribir a un tiempo con las dos manos.

—¿Y cómo, hijo mío?

—Pues escribiendo a máquina.



—Este niño es muy gracioso; tiene muy buenas caídas.

—Sí, sí, ya se le notan los chichones.



—Papaíto, una pregunta: Vamos a ver, ¿es invierno por que hace frío o hace frío por que es invierno?



—Chacha, esta noche quisiera comer judías verdes a la T. S. H.

—¿Y eso que es, rico?

—Pues mujer, que no tengan hilos.

# CHAPETE EN GUERRA CON EL PAÍS DE LA FANTASÍA

V

EL MISTERIOSO FORASTERO

Volvamos al palacio de la Bella Durmiente. Son las cinco de la tarde; la linda princesa espera a sus amistades para tomar el té.

Suena el timbre de la puerta: ¡Tilín, tilín!

CENICIENTA. (*Entrando.*) Hola, Bella Durmiente; aquí traigo el plumero, para limpiar tu huso, como te prometí.

BELLA DURMIENTE. Gracias, monina; pero ya no tienes por qué molestarte; precisamente esta mañana ha venido un dorador muy amable que se lo ha llevado para pintármelo con purpurina...

CENICIENTA. ¡Anda, qué casualidad! También ha venido a mi casa un vidriero amabilísimo que se ha llevado mi zapatito de cristal para arreglarle la punta que estaba algo resquebrajada.

BELLA DURMIENTE. (*Pensativa.*) ¡Qué coincidencial

EL TIMBRE DE LA PUERTA. ¡Tilín, tilín!

SEÑORA DE BARBA AZUL. (*Entrando.*) Buenos días, queridas amigas... ¡Ay, ay, ay!

DURMIENTE Y CENICIENTA. ¿Qué te pasa?

SEÑORA DE BARBA AZUL. ¡Ay!, que me he dado un coscorrón al entrar.

BELLA DURMIENTE. (*Asombrada.*) ¿Y te duele? ¿Cómo es eso? ¿Pues no tienes tu llave que te sirve de talismán y te hace invulnerable al dolor.

SEÑORA DE BARBA AZUL. No, ahora no está en mi poder, porque tenía un diente algo torcido y he tenido la suerte de que pase por mi casa un cerrajero, tan amable, que se ha ofrecido a arreglarla; se la ha llevado, prometiendo traérmela mañana.



BELLA DURMIENTE. (*Inquieta.*) ¡Qué raro!

CENICIENTA. (*Con sobresalto.*) ¿A ti también te han llevado tu talismán?

SEÑORA DE BARBA AZUL. ¡Ah! ¿Pero es que a vosotras...?

EL TIMBRE DE LA PUERTA. ¡Tilín, tilín!

CAPERUCITA. (*Entrando.*) Buenas tardes, preciosas...

BELLA DURMIENTE Y CENICIENTA. (*A un tiempo.*) ¿Pero vienes a pelo?

SEÑORA DE BARBA AZUL. ¿Dónde has dejado tu Caperuza?

CAPERUCITA. Tenía el color algo comido por el sol, y como se me ha presentado un tintorero...

BELLA DURMIENTE. ¡Cielos! ¿Era chato?

CENICIENTA. ¿Era rechoncho?

SEÑORA DE BARBA AZUL. ¿Tenía la voz ronca?

CAPERUCITA. El mismo. ¿Le conocéis?

BELLA DURMIENTE. (*Desesperada.*) ¡Nos ha timado a todas!

CAPERUCITA. (*Aterrada.*) ¿Pero también se ha llevado vuestros talismanes?

LAS CUATRO JUNTAS. ¡Ay, ay, ay! ¡Era un falso dorador, un falso vidriero, un falso cerrajero, un falso tintorero!

El pánico de las pobrecitas iba en aumento, porque a medida que llegaban visitas al palacio, se iban comprobando nuevas desgracias. Almendrita, Piel de Asno, la Bella de los cabellos de oro, Príncipes libertadores de princesas..., todos, todos se habían quedado sin su talismán.

La horrible noticia circuló por el País con la velocidad del rayo. Todos corrían de un lado para otro en busca del miserable que les había engañado. Pero sí, sí; ¡echadle un galgo! El misterioso forastero había desaparecido.

¡Qué horrible desgracia! Ya los habitantes del País de la Fantasía, perdida su calidad de seres invulnerables, eran accesibles al sufrimiento, a la enfermedad, a la muerte; estaban a merced de cualquier agresor, y el País de la Fantasía podía ser invadido y saqueado como cualquier otro donde sus habitantes fuesen simples mortales.



Pasó un rato; el redoble del tambor se acercaba lentamente. La señora de Barba Azul volvió a preguntar:

—Hermana, querida hermana, ¿qué ves desde tu ventana?

A lo cual Ana contestó:

—Veo, veo en lontananza un ejército que avanza.

Y los de abajo comentaron:

—¿Un ejército? ¡Oh dolor! Ahora se explica el tambor.

—Veo, veo con horror que este ejército invasor está compuesto, ¡oh amigos!, por todos los enemigos que tuvimos en los cuentos.

Aquí vienen los cruentos Barba Azul, con su garrota; la bruja Kikiripota (la cual trae una lechuza), el Lobo de Caperuza, el Ogro de Pulgarcito (se ve que tiene apetito), las tres —justa está la cuenta— Hermanas de Cenicienta. Y Dragones espantosos, Brujas con rostros rugosos, Gnomos, Enanos, Madrastras, Reptiles que andan a rastras... ¡Ay hermanal, como digo, es ejército enemigo.

¿Cómo pintar la desesperación de los desdichados habitantes del País de la Fantasía ante la amenaza que se les venía encima. Era terrible, ¡volver a caer en poder de aquellos malvados que tanto les hicieron sufrir! ¡Qué duro había de ser para la pobre Cenicienta, después de su magnífica vida de princesa, volver a la horrible cocina de sus hermanastras! Y la Bella Durmiente, ¿tendría que volver a dormir otros cien años? Un poquito perezosa, sí que lo era; pero, ¡caramba!, de levantarse algo tarde a pasarse tanto tiempo durmiendo, hay diferencia.

¿Pues y la pobre señora de Barba Azul? ¿Qué porvenir la esperaba con el bruto de su marido? Y así todos.

El único que podía salvarse era Pulgarcito, gracias a que había sabido conservar sus magníficas botas de siete leguas —¡estos pequeñines tienen una suerte!—. Por cierto que el tal Pulgarcito hacía un rato que permanecía callado y meditabundo, con un dedo en la frente, como suelen hacer las personas que piensan.

De pronto levantó la cabeza y gritó alegremente:

Reunidos en la plaza pública, los desdichados héroes buenos lloraban y se lamentaban, cuando apareció Pulgarcito. Un grito de asombro se escapó de todas las bocas. Pulgarcito traía puestas las famosas botas de siete leguas: era el único que conservaba su talismán.

—¿Pero es que ese forastero chato y rechoncho no ha ido a verte? —le preguntaron.

—¡Tomal Ya lo creo que ha venido —contestó Pulgarcito—; dijo que era zapatero remendón y se ofreció para hacerme cualquier arreglo.

—¿Y cómo no caíste en la trampa?

—Porque yo soy muy listo; a mí me dió mala espina aquel chato... Y como además acababa de echar medias suelas a mis botas, pues le mandé con viento fresco.

Mucha suerte era que Pulgarcito hubiese conservado sus botas de siete leguas; pero, ¿qué era esto comparado con la desgracia de todos sus compañeros? Estos, vueltos a la realidad de la situación, gemían y lloraban. De pronto oyóse, lejano, un redoble de tambor. ¿Qué sería aquello?

Ana, la hermana de la señora de Barba Azul, subió corriendo a la torre de la iglesia para ver qué pasaba. En esto de subir a las torres era una especialidad. Desde abajo, con la cabeza hacia atrás, todos los habitantes del País de la Fantasía miraban a lo alto de la torre, esperando ansiosos las noticias que la hermana Ana había de darles.

—Hermana, querida hermana, ¿qué ves desde esa ventana?, gritó la señora de Barba Azul.

—Veo, veo un remolino de polvo por el camino, contestó desde arriba la interrogada.

—¿Qué anunciará, Dios divino, ese extraño remolino?, exclamaron todos llenos de inquietud.





—¡Ya está! ¡Qué suerte que yo haya conservado mis botas!

—¡Ay, qué egoísta! —murmuró la casi imperceptible voz de Almendrita.

—¿Porque tú sigas siendo invulnerable, nada importa nuestro peligro? —dijo con tono de dulce reproche Caperucita.

—No es eso —protestó Pulgarcito—. Es que he pensado que con mis botas de siete leguas yo puedo salvaros a todos.

—¿Cómo, cómo, cómo?

—Pues yendo en un periquete en busca de auxilio.

—¿Y quién podrá auxiliarnos? —exclamaron todos desanimados—. Somos personajes de cuentos y los mortales no pueden intervenir en nuestros asuntos. Para salvarnos hacía falta un héroe de cuento, y todos estamos aquí.

—No, no y no —gritó Pulgarcito enérgicamente—. Hay uno que aún no vive en el País de la Fantasía, porque todavía no se han acabado de escribir sus innumerables y fantásticas aventuras; es el héroe de

cuento más valiente, más listo, más bueno, más glorioso, más admirado, más querido, más...

—¡Es Pinocho!

Este grito lo habían lanzado todos a un tiempo. Por las indicaciones de Pulgarcito habían caído en seguida en la cuenta: ese héroe que reunía todas las virtudes y todos los méritos, ¿quién iba a ser más que el gran Pinocho, cuya existencia es tan conocida y celebrada en el País de la Fantasía, como en todas las demás partes del mundo?

Y un rayo de esperanza iluminó todas las miradas.

—Ve, Pulgarcito —gritaron todos—, corre, vuela en busca de Pinocho; si él acude en nuestro auxilio aún podemos salvarnos.

Yo os juro que Pulgarcito no perdió el tiempo. Con sus botas puestas echó a correr, y como a cada paso que daba recorría siete leguas, no queráis saber dónde se encontraba a los pocos minutos.

Se encontraba tan lejos, tan lejos, que no pudo oír ni ver nada de lo que pasaba en su país.

Y no vió cómo un ejército formidable, monstruoso, compuesto de Brujas y Ogros, Gigantes y Gnomos, Dragones y Endriagos, invadía el hermoso País de la Fantasía.

No vió cómo Barba Azul se llevaba a su pobre mujer y a su cuñada; no vió cómo el Lobo, relamiéndose de gusto, se llevaba a Caperucita encarnada; no vió a Cenicienta caer en poder de sus tres malvadas hermanastras, ni vió a los nobles príncipes apresados por los terribles dragones que arrojaban llamas por la boca, ni vió que el misterioso forastero, chato y rechoncho, el falso dorador-vidriero-cerrajero, etc., dirigía el asalto con su voz aguardentosa...

Nada vió, nada oyó Pulgarcito, porque corría, corría en busca de Pinocho.

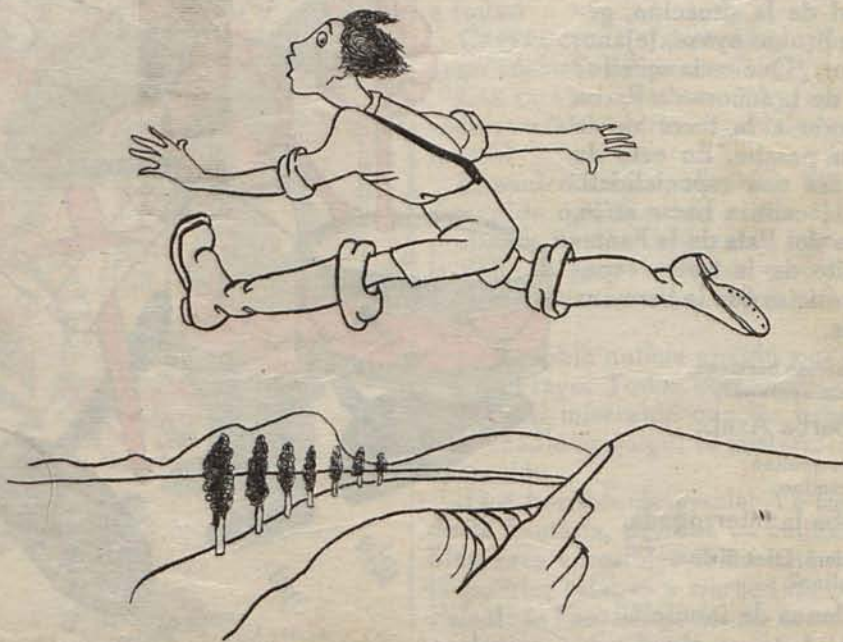
¡Ay Dios mío! ¿Llegará a tiempo?

Mucho me temo que aunque sus botas anduviesen no ya siete leguas, sino catorce, habrá de llegar tarde para la salvación de sus queridos compañeros.

FIN

(Esta emocionante historia tiene una segunda parte, titulada «Pinocho se transforma en bruja».)

♦ ♦ ♦



# EL BARON DE LA CASTAÑA

## NUEVAS AVENTURAS

### LA VICTORIA DE ADELAIDA

Mi esposa, en aquellos días, tenía que luchar en greco-romana con el famoso negro Tom Kid.

El encuentro había de verificarse en Santiago de Chile, y allí nos fuimos el matrimonio.

La expectación que había despertado el match era grandísima, y una nube de periodistas nos acosaba desde el primer día, haciéndonos preguntas.

La dulce Adelaida se entrenaba concienzudamente todas las mañanas. Desde muy temprano, y para fortalecer su brazo derecho, me levantaba en él y me tenía en lo alto una hora, durante la cual yo leía los periódicos. Después repetía la operación con el brazo izquierdo para darle fuerza también, y en ese momento yo aprovechaba para afeitarme y lavarme en un tocador que habíamos colocado a una altura conveniente.

El entrenamiento de piernas era más sencillo: consistía en estarse media hora dándole patadas a la cocinera, que, como era muy gorda, apenas las sentía.

El negro, por su parte, intentaba captarse la admiración del público, entrenándose a la vista de éste.

Un domingo recorrió la calle principal llevando entre sus brazos una pesa de cien kilos.

Adelaida se presentó al día siguiente por los lugares más concurridos de la capital, llevando en alto mi cama y yo acostado encima.

Esto causó gran sensación, y he de confesar que el público inclinó su admiración desde aquel día hacia mi esposa.

La angelical Adelaida confiaba en sus fuerzas para lograr el triunfo; pero como también el negro creía en su propio triunfo, me puse a reflexionar sobre la manera de asegurar la victoria de mi esposa.

Pensé en atarle una cuerda a los pies y tirar en el momento oportuno; también se me ocurrió el preguntar al negro en el momento culminante la hora que era, para que, aprovechando ese instante de descuido, mi esposa lo derribase boca arriba y le colocase los dos hombros en el suelo, adjudicándose el triunfo.

Pero hube de desistir de los dos propósitos: del primero, porque no encontré cuerda, y del segundo, porque me dijeron que el reloj del negro adelantaba.

Mi esposa me dio una idea para el caso en que la viese comprometida; esa idea consistía en decirle al negro en pleno «match» que le llamaban por teléfono, para que al ver el público que Tom Kid se marchaba, creyesen que abandonaba la lucha y proclamasen a la dulce Adelaida campeón.

Pero no me satisfizo plenamente esta estratagemas, y me propuse encontrar otra más eficaz y más definitiva.

A todo esto, llegó el día señalado para celebrarse el encuentro. Desde por la mañana no se hablaba de otra cosa, y la ciudad estaba llena de forasteros que habían venido a presenciar la lucha. No quedaba un solo billete desde hacía una semana.

Temprano me dirigí al inmenso circo donde iba a tener lugar la contienda y lo inspeccioné con el mayor cuidado.

Todo estaba en orden: las butacas fuertemente sujetas para que los espectadores no se las pudiesen arrojar a la cabeza, las cuerdas que rodeaban la pista estaban bien tendidas, tanto es así, que estuve tentado de dar un concierto antes del «match», usándolas como cuerdas de guitarra.

El serrín que cubría la madera del ring era fino, a fin de que al caer los luchadores no se lastimasen. Todo estaba previsto; es decir, todo menos una novedad que había hecho yo traer.

Esta novedad consistía en un enorme espejo que tenía las mismas dimensiones que la pista de lucha.

Y allí lo mandé colocar, como piso del ring, y después cubrí

la superficie brillante de la luna con el fino serrín. ¿Cuál era mi objeto? Pronto se sabrá.

Dos horas antes del momento señalado para que diese comienzo la lucha, se había llenado totalmente el monumental circo, y los espectadores se distraían cantando estribillos de moda a coro, y los de los palcos, jugando al dado en alto.

Hubo un famoso prestidigitador que salió a entretenerlos hasta la hora señalada.

El número más importante del programa del artista consistía en comerse una ternera a la vista del público.

Le trajeron en una bandeja un gran cuchillo y colocaron en una mesa una ternera entera y asada.

El prestidigitador se fué a ella, cortó con su cuchillo varios filetes del animal y se los comió; después se adelantó al público y dijo:

—Señores, ya he tenido el gusto de haber empezado mi experimento; en los días sucesivos me iré comiendo el resto de la ternera; espero que vendrán a verme...

Retirado el artista en una camilla por las ambulancias del circo, se anunció que el «match» iba a dar comienzo.

Primero apareció el negro, que fué recibido con muchos aplausos, y después la angelical Adelaida, que se había puesto un traje muy esmerado y un sombrero precioso con muchas flores y plumas.

El árbitro tocó el pito y la lucha dió comienzo.

Pronto se vió que las fuerzas estaban muy igualadas, así es que los dos luchadores rodaron por el suelo, quedando ambos como atontados en el primer descanso.

En el segundo tiempo ya había yo advertido a mi esposa de lo del espejo, y cuando comenzó a luchar ya pude ver claro las intenciones de Adelaida.

A causa de las pisadas y de los revolcones de los púgiles, el serrín se había corrido hacia los bordes y el espejo había quedado al descubierto.

Adelaida cogió al negro con una llave sabia y lo derribó al suelo; pero aquél, ágilmente, se había quedado a cuatro patas.

Adelaida trató de darle la vuelta para colocarle los hombros en el suelo, mas no pudo conseguir su objeto.

Entonces mi esposa, inclinándose al oído de su enemigo, le dijo:

—Ya estás vencido; ya estás boca arriba.

El negro, medio atontado, clavó su mirada en el suelo, y entonces vió reflejado en el espejo el techo y las lámparas y la claraboya del circo, y creyó estar vuelto hacia arriba.

—¡Aún no estoy vencido! —dijo—. Y pegando un salto se volvió del revés, quedando con los hombros pegados al suelo.

—¡Victoria! —clamó la dulce Adelaida—.

Y en el público estalló una ovación al ver que el árbitro declaraba vencedora a mi esposa, mientras

que el pobre Tom Kid se levantaba sin comprender aún lo que le había ocurrido.

Adelaida, en agradecimiento, me compró una chistera nueva y un juego de «diábolo».

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



-OYE, NIÑO, TEN CUIDADO  
DE LA CABRA Y  
LOS CUBOS QUE  
YO VUELVO  
EN SEGUIDA



-¡DON TURULATO!  
¡¡DON TURULATOOO!!



-¿QUE PASA, CURRIN-  
CHE?

-MIRE V. LO  
QUE ME HAN  
REGALADO



-ESO ES UN REGALO  
Y NO LA CAFETERA  
QUE LE DI YO A FELI-  
PE CUANDO SE CASO

-YO NO  
QUERIA  
ACEPTAR,  
PERO...



-EXCELENTE LECHE,  
CURRINCHE. PARE-  
CE MANTECA



-¡VAYA OTRO CUBITO!

-¡A SU SALUD,  
DON TURULATO!



-¡RECORCHO! ¡NO TEMA  
DON TURULATO!



-HAGA LO QUE YO,  
¡DEFIÉNDASE CON  
EL CUBO!



-MIRA, CURRINCHE,  
QUE TOPA MUY  
FUERTE.



-¡QUÉ BESTIA! NOS HA  
HUNDIDO LOS CUBOS  
HASTA EL FONDO



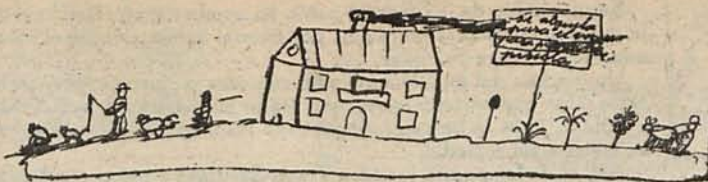
-¡EH! MIS CUBOS!

-VEA V. SI NOS LOS  
PUEDE SACAR POR-  
QUE NOSOTROS  
NO PODEMOS



-ME DA IGUAL.  
YO VENGO POR  
MIS CUBOS





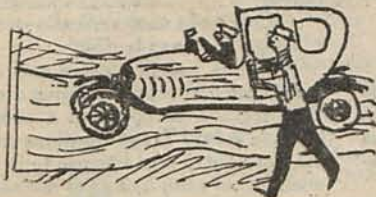
Torre destinada al veraneo de Pirula y Pinocho.  
MARÍA DEL PILAR ESCOBIO.  
Nueve años. Barcelona.



Pinocho, mañico. Pirula, mañica. Mi papá a ca- De guardia.  
bailo.  
FÉLIX PÉREZ SERRANO.  
Siete años. Zaragoza.



Una vaca en el pesebre.  
CARLOS IGLESIAS ESCOBIO.  
Doce años. Santander.



—¡Chófer! A la calle de Carretas, número 13,  
principal.  
MATILDE GUERRA GUT.  
Diez años. Madrid.



Tío Juan de paseo.  
JUAN MIRABELLI.  
Diez años. Buenos Aires.



—¿A que no sabe usted  
cuál es el colmo de una  
peinadora?  
—¿Cuál, Currinche?  
—Pues... peinar las on-  
das de la «Radio».  
F. LLANOS.  
Doce años. Oviedo.

### Las tres preguntas.

Una vez había un rey muy severo, que se complacía en hacer daño a los demás.

Habiendo tenido noticia de que el Superior de un convento de la Orden de los franciscanos era muy sabio, mandó que lo trajeran a su presencia.

El pobre fraile, todo asustado, se presentó ante Su Majestad, el cual le dijo:

—Si para dentro de ocho días no me contestas a las preguntas que te voy a hacer, te quito el puesto en la Comunidad y te mando encarcelar. Las preguntas son: 1.ª Cuánto valgo yo. 2.ª Qué distancia hay de la Tierra al Sol, y 3.ª Qué pensaré cuando vengas a contestarme.

El Superior se retiró todo asustado, y ya en el convento, se pasaba los días y las noches pensando, sin comer ni dormir, hasta que un día, antes de expirar el plazo, un lego se fijó en él y le preguntó la causa de su tristeza.

El Superior le contó lo que le había dicho el rey, a lo que respondió el lego:

—No se apure por eso, yo le sacaré de ese apuro. Como usted y yo nos parecemos un poco, yo me presentaré ante Su Majestad y le contestaré a las preguntas.

El Superior accedió a eso y dejó marchar al lego.

Al llegar ante Su Majestad le hizo un reverente saludo y dijo:

—Puede Vuestra Majestad hacerme las preguntas.

El rey dijo:

—¿Cuánto valgo yo?

El lego respondió:

—Vuestra Majestad vale veintinueve monedas de plata, puesto que a Jesucristo le vendieron por treinta, y supongo que Vuestra Majestad valdrá un poco menos.

—Segunda pregunta: ¿Qué distancia hay de la Tierra al Sol?

—Trescientos setenta millones, trescientos cincuenta y seis mil, ochocientos treinta y seis kilómetros, y si no lo cree disponga que lo midan.

—Y la tercera: ¿Qué pienso yo ahora?

—Vuestra Majestad piensa que yo soy el Superior, cuando no soy sino el lego.

El rey, admirado ante tanto ingenio, le recompensó espléndidamente.

CARLOS EREÑA.  
Doce años. San Sebastián.

### El pez verde.

En una humilde choza vivía una pobre viuda. No tenía sino un hijo, a quien amaba.

Una noche en que dormían oyó una voz que le dijo:

—Antonia, tu hijo, a la edad de quince años, morirá, y no hay más remedio que ir a un estanque. En ese estanque hay un pez verde, y sacándolo, lo quemaréis y quedará deshecho el encanto.

A los quince años partía el hijo en busca de aventuras, y después de un fatigoso viaje llegó a una fuente que iba a dar a un lago.

El joven se apeó del caballo, miró alrededor y vio un pez verde que nadaba por el agua.

Lo sacó y lo dejó prendido en un árbol.

Cuando lo estaba quemando salió una princesa y le dijo:

—Tú eres mi bienhechor, y se marcharon a palacio, donde vivieron mucho tiempo, en compañía de la pobre viuda.

R. R. A.  
Once años. Colombia.



Pancho Talero.  
LUIS MUÑO DE NADAL.  
Diez años. Buenos Aires.



Mi amiga Conchita al salir del baño.  
ROSALÍA VILLAR.  
Doce años. Barcelona.



El Charlot del Pasaje de Gutiérrez,  
contemplando a su adorada.  
EL NIÑO DE LA BOLA.  
Once años. Alar del Rey.



—¿Lo ves? ¡Ya está lloviendo!  
—Por mí no será, porque hoy no  
he cantado.  
JOSEFINA RODRÍGUEZ.  
Diez años. Valladolid.



Don Francisco, llorando.  
SARA MANRÚ.  
Nueve años. Buenos Aires.

### El tiburón encantado.

—Y dicen que la princesa Zaída, para librarse de las garras del famoso pirata Kampurtám, se arrojó al mar con su cofrecillo del fetiche encantado. (Tom paró un momento para dar unas chupadas a la pipa.)

—Sigue, sigue —decía Andresillo entusiasmado—, que me gusta mucho.

Tom continuó diciendo:

—La princesa se convirtió en un inmenso tiburón que se tragó el cofrecillo del fetiche encantado.

—Oye, Tom, y para que la princesa recobre su estado primitivo, ¿qué hay que hacer?

—¡Oh!, pues le tienen que partir el corazón; pero todos los que han intentado la prueba han sucumbido. Anda, anda, bribonzuelo, a acostarte, que te estás cayendo de sueño.

—Hasta mañana, Tom.

—Adiós, Andresillo.

Y se fueron a sus respectivos camarotes.

A las cinco de la madrugada, Andresillo, sin que nadie le notase, subió a cubierta. Estaba decidido a toda costa a encontrar el tiburón encantado. Se embarcó en una lancha de las más pequeñas y cogió un hacha para defenderse de los ataques del tiburón. Anduvo errante por el mar en busca del tiburón, hasta que por fin oyó un silbido prolongado que le puso los pelos de punta. Sin duda sería para atraerle. El recuerdo de la princesa le envalentonó, cogió los remos y en dos brazadas estuvo al lado del coloso; pero éste, al darse cuenta de la presencia del muchacho, empezó a agitar la cola de tal manera que hizo naufragar la lancha. Andresillo cogió el hacha entre los dientes y comenzó a nadar. Cuando estuvo al lado del cetáceo cogió el hacha con la mano y le asestó un golpe tan fuerte que la sangre le saltó a la cara. Andresillo despertó sobresaltado, llevóse las manos a la cara y vio que la tenía chorreando. Tom, para despertarle, le había echado un jarro de agua.

JOSÉ HERANS.  
Quince años. Madrid.

### ¡Avaricia!

En un pueblo, cuyo nombre no recuerdo, existía un avaro. Tenía una hermosa y grande gallina que le ponía un huevo de oro cada día. El dueño se extrañaba de ello, pero llegaba la hora en que tenía en su mano el huevo y entonces se pasaba la extrañeza, contemplando los montones de oro que su gallina le regalaba gratuitamente. ¿Pero qué pasó? Como nuestro hombre era un avaro, en cuanto supo que la luna tenía cuartos, se pasaba la noche esperando cayese alguno, pero nunca caía nada. Bueno; como os he dicho, el viejo avariento pensó: «¿Quizás —se decía— esa gallinita tenga en su buche una mina, y así, matándola, podría recoger de una vez ese oro que tanto ansió!» El viejo avaro se fué al corral, y habiendo cogido la gallina, la llevó a casa, y preparando grandes sacos para recoger el oro que del buche de la gallina sacara, abrió el pecho con un grande cuchillo y empezó a buscar. ¿Pero qué sucedió?

¡Que muerta la gallina  
perdió su huevo de oro  
y no halló mina!

L. BERMEJO.  
Catorce años. Cintruénigo.

Triste si no lo tengo.



—Mire usted, esta tela cazadora es buena.  
—Me la llevaré, pues soy aficionado a la caza.  
S. CASTRO.  
Valderas (León).



Contento si tengo el PI-  
NOCHO.  
LUIS MIRANDA.  
Once años. Madrid.



—¿Que está caliente la sopa?  
—Sí, señorito; he metido el dedo y me he quemau.

ANTONIO TRIGO.  
Once años. Madrid.

### El bien siempre triunfa.

Al morir el monarca del reino de «Paradisca», le sucedió su hijo Buby, que sólo contaba quince años de edad. Pero su inteligencia era tan precoz que sus súbditos no vacilaron en darle el cetro, cosa que no fue del agrado del rey Corsino V, que gobernaba el vecino reino de «Oscarón».

Tentado por el diablo, Corsino V declaró la guerra al nuevo monarca; pero al enterarse la princesa de la determinación de su padre se arrojó a sus plantas pidiéndole que desistiera de su empresa y tuviera piedad con el joven rey vecino. Corsino V no quiso atender a sus ruegos y mandó al reino de «Paradisca» un emisario, que era portador de la declaración de guerra, diciendo que no podía consentir que un monarca tan joven gobernara un país que estaba en continua relación con el suyo. Buby aceptó el reto. A los pocos días se efectuó una descomunal batalla. El mismo rey Buby, al frente de sus tropas, sin preocuparse de los dardos que sus enemigos lanzaban contra ellos, avanzaba seguido de sus soldados. En vano su rival quiso detener sus tropas que huían. El ambicioso monarca tuvo que imitarle para no caer prisionero de Buby, el cual, al ver que su enemigo se retiraba, dió orden de no perseguirlos, y como la noche comenzaba, mandó hacer alto. Por su parte, Corsino V no se conformó con la derrota sufrida y mandó hacer un gran foso, y apenas despuntó la aurora, reanudaron el combate, simulando una retirada; los guerreros de Buby, sin sospechar el peligro que corrían, persiguieron a sus enemigos, cayendo en el foso, y entonces Corsino V se precipitó sobre las tropas enemigas, haciéndolos prisioneros, y también a Buby. Entonces se encabritó, tirándolo a tierra, pero reponiéndose en seguida, marcharon todos a «Oscarón», donde iban a encarcelar a Buby y a sus tropas. Pero Corsino V no contaba que en su misma casa había quien conspiraba contra sus proyectos. Su hija, dotada de corazón nobilísimo, pensaba en la manera de reparar la injusticia. Marchó secretamente al vecino reino de «Paradisca» y consiguió encender en los súbditos de Buby el deseo de venganza y de reponer en su trono a Buby. La princesa volvió a su palacio y llegando a la prisión donde estaba Buby le relató lo que había hecho en su favor. El agradecimiento hizo brotar en Buby la chispa del amor, que también abrasaba el corazón de la princesa. Puestos de acuerdo, esperaron la llegada de los súbditos para escapar. Corsino V dormía tranquilo, cuando a media noche le despertó ruido de armas. Extrañado, abrió la ventana y vió que sus enemigos habían sorprendido a sus tropas. Corsino se vió perdido, y arrepentido fue a postrarse a los pies de Buby, que le perdonó. Buby se casó con la princesa, y ambos reinaron muchos años con felicidad.

LUIS HALCÓN.  
Trece años. Sevilla.

¿En qué se parecen dos puertas?

En que se abren.  
CARLOS MARTÍNEZ DE VELASCO.  
Cinco años.

¿En qué se parece un calcetín que tiene un roto a un huerto?

En que tiene tomates.  
JOSÉ MARTÍNEZ DE VELASCO.  
Seis años.

¿En qué se parece PINOCHO al agua?

En que se extiende por todo el mundo.  
AMALIA MARTÍNEZ DE VELASCO.  
Doce años. Madrid.

—¿Con quién te casas?

—Con una chaqueta.

—¿Con una chaqueta?

—Sí, con una americana.

JOSÉ CAJAL. Nueve años. Zaragoza.

¿En qué se parece un hombre furioso a la cola?

En que el hombre furioso pega y la cola pega.

GUMERSINDO CLARAMUT.  
Nueve años. Zaragoza.

¿En qué se parece un tomate a un pimientito?

En que tienen pepitas.

¿En qué se parece una cocinera a un toro?

¿En que va a la plaza.

LUISA VILLAMIL ESPUÑES.  
Diez años. Madrid.

¿Cuál es el colmo de un portero?

Abrir las puertas... del apetito.

¿Cuál es el sabio más salado?

El sabio Sal... omón.

En la peluquería:

—¿El señor desea la raya en el costado?

—No; si le es igual, hágame-la en la cabeza.

JUAN MONTERO. San Sebastián.

—Mi tío—decía uno—tenía una nariz tan larga que no podía entrar en la habitación sin romper alguna cosa.

—¡Bah!... Eso no es nada; mi compadre tiene la nariz tan larga, que cuando estornuda no se siente el estornudo hasta el día siguiente.

ANTONIO JIMÉNEZ TEJADA.

¿En qué se parece un panadero a un cañón?

En que hace ¡pan!

ALFONSO MENDIZÁBAL. Doce años.

¿En qué se parece una botica a un estanco?

En que vende sellos.

¿En qué se parece Madrid al mar Mediterráneo?

En que tiene golfos.

CARLOS FERNÁNDEZ REDRUELLO.  
Once años. Madrid.

### Traga-Sardinas.

En un pueblo de Valladolid había un hombre muy comilón y que le gustaban mucho las sardinas, por lo cual había recibido el sobrenombre de Traga-Sardinas.

Un día uno del pueblo se apostó con otro a que conseguiría hacerle decir que no tenía gana, que era lo más doloroso para Traga-Sardinas, pues le habían pronosticado los médicos que en ese caso se moriría sin remedio.

Así, el de la apuesta invitó a Traga-Sardinas a pasar una temporada con él. Así que almorzaron opíparamente, se acostó Traga-Sardinas, y no hubo transcurrido un cuarto de hora cuando el primero entró en la habitación donde dormía el segundo. Con cuidado adelantó el reloj tres horas y entró de nuevo en la habitación gritando:

—¡Que es la una, arriba! —y abrió los balcones.

Traga-Sardinas le dijo:

—Vamos, hombre, usted está de broma.

Mas miró el reloj y vió que efectivamente era la una. Se levantó y en seguida se pusieron a comer. Así que hubieron comido muy bien, se acostó Traga-Sardinas como de costumbre. A eso de la media hora entró don Lesmes (que era el nombre del de la apuesta) y adelantó el reloj hasta las nueve, y entró diciendo:

—¡Pero, hombre, qué dormilón es usted!

Y Traga-Sardinas dijo:

—¿Dormilón?, y no hace media hora que me he acostado.

—Media hora, y son las nueve.

—¿Las nueve? Usted está loco.

—El que lo está es usted. Mire el reloj y se convencerá.

Entonces miró el reloj y vió que marcaba las nueve y dijo:

—Hombre, pues es verdad.

Acto seguido se pusieron a cenar, mas Traga-Sardinas exclamó de pronto:

—¡Dios mío, estoy perdido. Me muero sin remedio.

—Pero ¿qué le pasa?

—Que he perdido el apetito.

Mas de pronto entró un amigo y abrió los balcones diciendo:

—Mira que cerrar los balcones a las once.

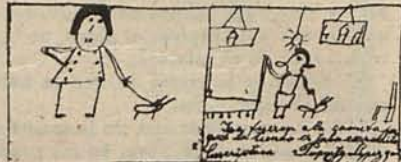
Y entonces fué cuando se descubrió la verdad de todo, ganando don Lesmes la apuesta.

FERNANDO MARTÍNEZ VARA DE REY.  
Trece años. Barcelona.



En la playa.

ESPERANZA RUIZ.  
Once años. Madrid.



Doña Juanita y su per-  
[rrita] fueron a comprar una  
[tortita] Pero se fueron a la ca-  
[mita] por estar cerrada la tien-  
[decita].

PAQUITA LÓPEZ.  
Nueve años. Madrid.

### El pastor, el lobo y el zorro.

Erase una vez en que un león tenía buenas ganas de quitarle la vida a un lobo porque éste le hizo una mala pasada. Cierta día iba el lobo por un camino, cuando de improviso notó que venía hacia su lado el león enemigo. Lleno de miedo y temblando, imploró a un pastor que allí se encontraba que lo escondiera en la bolsa que llevaba al hombro. El pastor, por salvarle la vida, se propuso afrontar ese peligro para él y para el lobo y cargó en sus hombros a éste. Apenas hubieron caminado unos cien metros, el pastor se encontró con el león, quien le preguntó:

—¿Habéis visto, buen pastor, a algún lobo?

—¡No!—contestó, y ambos siguieron su camino.

Cuando salieron de la vista del león, el pastor bajó su atado, de donde salió el lobo, y éste le dijo al pastor:

—Buen pastor, reconozco que eres muy bueno y que me has salvado la vida; pero tengo mucha hambre y ahora mismo te comeré.

El asombro del pobre pastor no tuvo limites, y le dijo al lobo que si una buena acción no tenía pago. El lobo le dijo que no. Entonces le preguntaron a un caballo si una buena acción se pagaba, y éste dijo:

—Miren, yo tenía un dueño que hoy es rico, y mientras era joven me tenía; pero ahora que soy viejo e inútil para el trabajo, me dejó en este potrero para que muera.

Le preguntaron entonces a un zorro; pero éste les dijo que él tenía que ver las cosas bien. Le dijo al lobo que se metiera nuevamente en la bolsa. Una vez que el lobo se metió en ella, lo ató, y luego, tomando un garrote, lo azotó hasta quitarle la vida. De ese modo se sacó un enemigo peligroso por delante y le salvó la vida al compasivo pastor.

E. D. BARDELLI.  
Doce años. Buenos Aires.

¿Cuál es el colmo de un calvo?

Ponerse los pelos de punta.

¿Cuál es el colmo de un bebedor?

Beber los vientos.

MERCEDES LAFFITTE.  
Trece años. Sevilla.

¿En qué se parece un reptil a mi hermanito el pequeño?

En que se arrastra por el suelo.

¿En qué se parece mi habitación a un fraile?

En que el fraile ayuna y en mi habitación hay una cama.

ENRIQUE BORÁN.  
Trece años. Cnfranc.

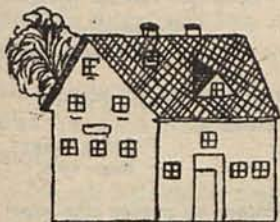


—¿A que no sabes cuál es el colmo de un vinatero?  
—No lo sé.  
—Pues llevar el vino en una bota (de los pies).

ISIDRO FERNÁNDEZ.  
Nueve años. Madrid.



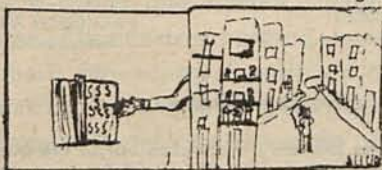
Siempre que Marujita salía, la cartera se le caía.  
MERCEDES GIMÉNEZ.  
Doce años. Córdoba.



La casa de mi novia.  
JUAN CARLOS GONZÁLEZ.  
Tucumán (República Argentina).



¡Viva PINO-CHO!  
FÉLIX JOAQUÍN.  
Doce años. Argentina.



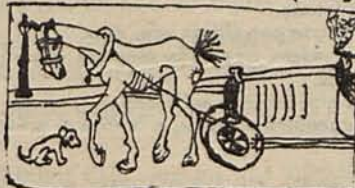
—¿En qué se parece esta mano a un borracho?  
—En que hace cses.



Mi casa de verano.  
ALICIA REYES.  
Barcelona.



Mi amigo Manucho.—J. C. GONZÁLEZ.  
Tucumán. (R. Argentina).



Automóvil última moda.  
VICTORIANO SOLANAS.  
Diez años. Zaragoza.



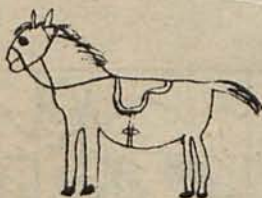
—Oye Pepe ¿a que no sabes cuáles son los hombres más listos?  
—Sabe Dios.  
—Pues los cocheros, porque hacen una carrera en menos de una hora.  
MANUEL HERRAS.  
Doce años. Madrid.



La casa de mi muñeca.  
CÁRMEN DEL RÍO.  
Diez años. Valladolid.



Mi querida Pirula leyendo el semanario más guapín del mundo.—AMALITA LLANOS.  
Oviedo.



MARIO VICTORIO BARRIOS.  
Cinco años. La Plata. (Argentina).



«Dos terribles enemigos».  
FEDERICO DELLA-CROCE.  
Diez años. La Plata (Argentina).

## Entre amo y criado.

—Juan entra en mi despacho y mira si el termómetro ha subido o bajado.  
El criado al volver:  
—No señor; está en el mismo sitio que ayer.

## En un descarrilamiento.

—¡Socorro! ¡Socorro!, que me he roto un brazo.  
Un espectador:  
—¿Y por un brazo arma usted tanto ruido, cuando hay aquí tantos muertos que no dicen una palabra?

RAFAEL MONTERO.  
Doce años. Madrid.

¿En qué se parece un noble a un libro?  
En que tiene título.

RAFAEL AZQUETA.

¿En qué se parece una modista en verano a una calcetera?  
En que la calcetera hace medias y la modista medias mangas.

ISABEL REVERT.

¿Cuál es la palabra que siendo masculino les gusta a los niños, y siendo femenino no?  
El cuento, porque la cuenta no les suele gustar mucho.

CONSUELO GALBIS.  
Doce y trece años. Onteniente.

¿En qué se parece un guardia a un alfiler?  
En que los dos prenden.

JOSÉ AJURIA. ANDRÉS AJURIA.  
Villafranca.

¿En qué se parece una mentira a una sandía?  
En que se «cala».

¿Cuál es la ciudad de los pesos más exactos?  
Roma, pues tiene muchas «romanas».

¿En qué se parece una cocina a un fuerte?  
En que ambos tienen «batería».

VENANCIO MAZUREQUI.  
Trece años. San Sebastián.

¿Cuál es el mar más vergonzoso?  
El mar Rojo.

¿En qué se parece una caja de betún a un rico?  
En que tiene «pasta».

JOSÉ EGÜÍA.  
Madrid.

El colmo de un carpintero:  
Tener un perrito que le menee la cola y construir armarios con tablas... de logaritmos, pegándolas con la cola... de un planeta.

El de un electricista:  
Cortar la corriente de un río.

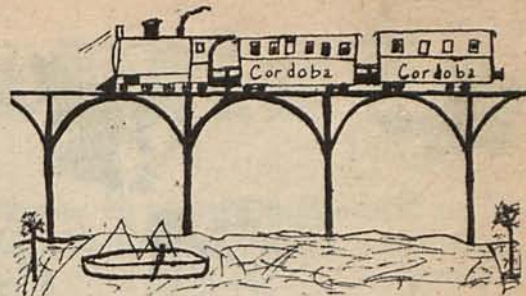
El de un «chauffeur»:  
Frenar en seco un día lluvioso para evitar un choque.

¿En qué se parece PINO-CHO (la revista) al submarino?  
En que todo el mundo lo ha esperado con ansia.

ANGEL DONABEITIA.  
Diez años. San Sebastián.

¿Cuál es el colmo de un pintor?  
Pintar la luna en un espejo.

BALDOMERO RODILES.  
Nueve años. Madrid.



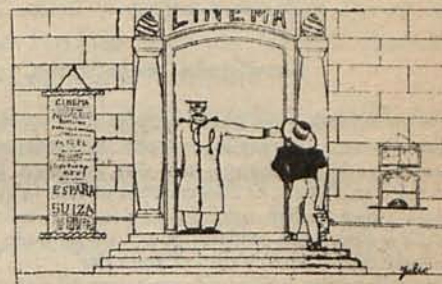
El tren en que se fué mi papá a Córdoba.  
HORACIO ALBANESI.—Buenos Aires.



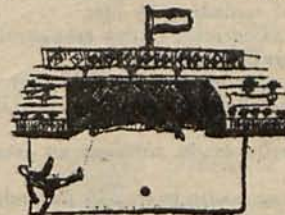
Un cazador de reses.  
LUIS BRIONES.  
Trece años. Madrid.



Déme hielo fresco.  
MERCEDES FERNÁNDEZ DE LA MOIRA.  
Siete años. Madrid.



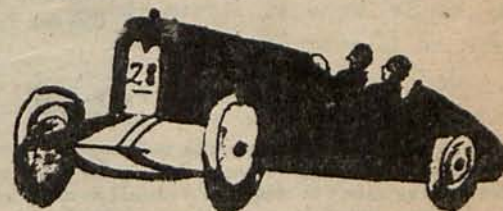
El andaluz.—¿Y por qué no me deja oírte pasá?  
El portero.—... ya le he dicho, que aquí no pasan los sevillanos.  
JULIO JACINTO DÍAZ.—Madrid.



Ricardo Zamora en una colosal parada de un «chute», a un metro escaso.  
JOSÉ LUIS ESCRIBI.  
Seis años. Barcelona.



Arita, escribiendo.  
AYELINO W. BARRIOS.  
Seis años. La Plata. (Argentina).



El «Bugatti», que obtuvo el primer premio en la cuesta de Urquiola.  
ENRIQUE Y FERNANDO JAÉN.  
Bilbao.



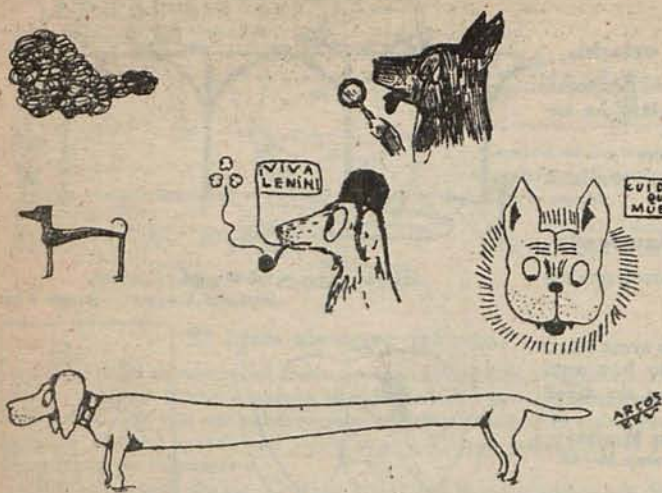
Mi amigo Pinocho.  
JUAN CARLOS GONZÁLEZ.  
Once años. Tucumán. (República Argentina).



Mis flores.  
ANGELINA PINTADO.  
Seis años. Madrid.



Hacia la caza va el Rey Cu-Cu, de la Tribu de K-K.  
JOSÉ LUCHENYIS.  
Siete años. Madrid.



Algunos ejemplares de la Exposición canina.

ISIDRO ARCOS.  
Doce años. Madrid.

### Servilleta, componte.

Venía un soldado (que había terminado el servicio y no le habían dado por recompensa más que un pan de munición), venía por una carretera cuando se encontró con dos ancianos. Uno era el Señor, el otro era San Pedro. El Señor quiso probar la caridad del soldado, y dijo a San Pedro:

—Anda y dile a ese soldado que te dé un poco de pan.

Obedeció San Pedro, y dijo al soldado:

—¿Me quiere dar un poco de pan para mí y para mi compañero?

—Tómalo todo —dijo el soldado—. Yo no tengo nada; pero ya resistiré hasta mi pueblo.

Se fue San Pedro, y después de haberse comido el pan con el Señor, el Señor llamó al soldado, y le dijo:

—En pago de tu buena caridad, te doy esta servilleta, y cuando quieras comer, dile: «servilleta, componte».

Se despidieron, y el soldado, después de haber andado mucho, se sentó a la sombra de un abeto, extendió su servilleta, y dijo:

—Servilleta, componte.

En el acto vió un pollo asado, sardinas en escabeche, vinos y manjares.

Llegado a su pueblo, su madre le recibió llorando, diciendo que no tenían que ponerle de comer.

Sacó la servilleta, y después de haber dicho las palabras antes citadas, comieron pollo y muchas cosas, y después vivieron felices muchos años.

MANUEL TERNERO.  
Diez años. San Sebastián.

### La bruja Poly.

En un castillo de Flandes, allá en tiempos remotos, vivían dos princesas, cuyos nombres eran Bobby y Laly. La primera contaba diez y nueve años y la otra, diez y siete. Las dos eran a cual más lindas. La mayor era rubia como el oro, y por el contrario, su hermana era morena.

Todo el mundo las compadecía por lo desgraciadas que eran. Estaban solas en el mundo, pues a su madre la habían perdido hacía unos cuantos años, cuando aún tenían poca edad y no conocían los grandes peligros con que las amenazaba el mundo.

Su madre había sido la Reina Kalafia y las había advertido muchas veces que jamás abrieran la puerta a una vieja que había sido su primera doncella y que abiendoportado mal en su casa, la despidió; que no le abrieran, pues esa vieja juró vengarse, si no de la Reina, de su familia.

Esa vieja era conocida con el nombre de la bruja Poly, y todo el que caía bajo sus manos perecía por sus hechicerías.

Al poco tiempo de morir la Reina Kalafia, se presentó una señora bajo el nombre de Coquela, fingiendo ser hermana de la difunta.

Las jóvenes, como ignoraban su familia, se dejaron engañar, y Coquela logró lo que quería, captándose la simpatía y confianza de Bobby y Laly.

Un día les dijo que se tenía que ir y que como a ella le pertenecía la herencia de su hermana, a ellas les regalaba el castillo para que viviesen en él. Las princesas, ignorantes en esta materia, la dejaron marcharse con todo.

Vosotros, queridos lectores y admiradores del PINOCHO, habéis adivinado que esta señora era la bruja Poly, y como había jurado vengarse de la Reina y no pudo, lo hizo de sus desgraciadas hijas. La vieja Poly, por medio de sus hechicerías, logró embrujar todo el castillo, y hasta una cascada que había, hizo que quien bebiese de su agua quedase encantado.

Un día, tanto Bobby como Laly, bebieron y quedaron convertidas en dos hermosas estatuas, y de allí no pudieron moverse hasta que la mala bruja vino a desencantarlas.

MARIUCHA BUSTILLO.  
Doce años.

LUCHY RECAS.  
Trece años.—León.

### Aleluyas de Juan el malo

Va al campo a pasear y se encuentra con Gaspar.

Los dos se van a comprar turrón para merendar.

Aquí no para su glotonería y van a una charcutería.

Piden una raja de jamón y varias de salchichón.

Se van camino del monte más contentos que el Quijote.

Y empiezan a merendar cantando hasta al Rey Gaspar.

Más después de haber comido se acuerdan que no tienen vino.

Tienen tantísima sed, que se apresuran a volver.

Van a la mejor taberna y compran una botella.

Se la beben sin pensar, mas después se acordarán.

Empiezan a caminar

y no saben por dónde van.

Caen en un banco, rendidos, y allá se quedan dormidos.

Y sueñan miles de cosas

que todas son muy chistosas.

Y terminan de soñar, despertándoles un municipal. Este les lleva a la prisión, propinándoles un palizón.

JOSECHO.  
Ocho años. San Sebastián.

¿En qué se parecen los toros a las criadas?

En que van a la plaza.

¿En qué se parecen los guardias civiles a los cuervos?

Pues en que van en parejas.

PEDRO RUIZ.  
Trece años. Cabeza del Bucy.

¿Cual es el mejor Pino?

Pino-cho.

F. MANZANARES.  
Nueve años.

¿En qué se parece una campana a la cabeza de algunas personas?

En que están huecas.

FRANCISCO MOLINA.  
Once años. Córdoba.

### El niño mentiroso.

Un matrimonio tenía un hijo muy bueno, tan bueno era que obedecía en todo a sus padres; pero tenía el defecto de ser muy mentiroso.

Un día, yendo por un camino, se encontró con un fraile, y le preguntó:

—¿Me quieres decir por dónde se va al cementerio?

Y el niño le dijo:

—Por ese camino de la derecha.

El fraile, por allí se marchó; pero al poco tiempo de echar a andar se encontró en un bosque muy grande, y entonces el fraile comprendió que el niño le había engañado.

Al día siguiente, para convencerse si el niño le había engañado, con intención le preguntó:

—Niño, ¿me quieres decir por dónde se va al bosque?

Y el niño le contestó:

—Por ese camino de en frente.

Y como el fraile ya sabía que por allí no era, dijo: —Niño mentiroso, Dios quiera que cada mentira que digas te salga una verruga en la nariz.

Y así fue. Cada mentira que decía le salía una.

Un día iba paseando y encontró al fraile, y le dijo el niño:

—Padre, perdóneme.

Y el fraile le perdonó.

Desde entonces fue un niño modelo y nunca dijo una mentira.

LOLITA FERRO.  
Once años.

### María y su gatito.

María se levantaba cada día a las siete y media de la mañana para dar de comer a su gatito, que se llamaba Pompón. Después iba a la cocina, tomaba su desayuno y, una vez tomado, cogía su abrigo y se marchaba al colegio.

Llegado el domingo, no se entretenía con juguetes, sino en ayudar a su madre.

Pero un día se quedaron en la miseria. Su mamá le dijo:

—Mira, tendrás que ir por el mundo con tu gatito, porque hemos quedado muy pobres.

La niña se marchó con su gatito. Ella no sabía ningún camino. Llegaron a un pueblo y todo el mundo se burlaba de ellos: pero cuando vieron el garbo, todos se quedaron sorprendidos y le dieron mucho dinero; y colorín colorado, mi cuento se ha acabado.

JUAN MIRALLES.  
Ocho años. Sarriá.



Iba cazando Pinocho por un valle muy precioso.

Vió que tras un matorral iba a esconderse un chacal.

Del suelo se levantó y de un tiro lo mató.



Siguió Pinocho paseando y también siguió cazando.

Se encuentra un gran elefante tan grande como un gigante.

Con la trompa lo cogió y a su casa lo tiró.

# PiNOCHO DEPORTISTA

## CRÓNICA

*Hablemos de Zamora.*

Terminada nuestra temporada internacional, vemos que el jugador que más ha sobresalido en ella ha sido Ricardo Zamora.

Nuestro portero nacional, con su habilidad extraordinaria, ha contribuido, en gran parte, a que de cuatro partidos que hemos jugado, los cuatro sean victorias para nuestros colores.

Primero fue contra Austria; un tanto le marcaron a dos metros, imposible de parar, aunque claro es que con Zamora la palabra imposible pierde valor, ya que le hemos visto hacer paradas imposibles.

Todos los demás tiros de la delantera austriaca fueron detenidos magistralmente por él.

Más tarde, en Portugal, tuvimos un segundo tiempo en que nuestro equipo fue dominado... Zamora no permitió que los portugueses se apuntasen tanto alguno.

Cuando el glorioso partido de Berna, el mejor partido que ha jugado el equipo español, Zamora otra vez brilló con luz propia. Todos los comentarios fueron en su loor.

El árbitro dijo que no había visto otro portero de esa calidad ni en Inglaterra. ¡Y para que un inglés diga eso!

Pero faltaba el principal, el Italia-España, tan esperado desde Colombes.

Los que en aquella ocasión vimos cómo después de un partido en el que Zamora apenas había tenido que intervenir, y cuando lo había hecho su seguridad y su vista y su valentía habían sido las de siempre, los que en aquella ocasión vimos cómo faltando siete minutos para terminar, un balón, mal pegado por el extremo derecho italiano era proyectado por el pie de Vallana hasta nuestra red, pasando por encima de Zamora, que había salido a recogerlo. Todos los que sufrimos siete minutos de angustia y luego una gran vergüenza, esperábamos este «match» con ansia.

Sin embargo, hemos de confesar que esperábamos una victoria más rotunda sobre el equipo italiano.



No esperábamos un segundo tiempo en el que fracasase nuestra línea delantera, y mucho menos nuestra línea media.

Aun no queda bien demostrada nuestra superioridad sobre Italia, y será necesario otro partido: el del año que viene, en el terreno de ellos, y en el cual nuestro equipo repita la victoria, pero en forma más rotunda.

Eso se puede conseguir si la selección se entrena y logra un juego de conjunto, cosa hasta ahora por lograr.

Hemos dejado para lo último el hablar de Zamora y de su actuación en este partido, como se deja para lo último los postres.

Zamora tuvo en él la mejor actuación que se le recuerda. En ese terrible segundo tiempo aludido lo paró todo, hasta lo más inverosímil.

Se acercaban los delanteros azules a la meta, y a dos metros lanzaba uno de ellos un cañonazo, colocando el balón en donde no estaba Zamora... y Zamora estaba allí. Tenía algo de magia la cosa. Otras veces, nuestro portero, arrojándose a los pies del delantero, le impedía chutar.

Todos estábamos asombrados ante él; pero era tal la idea de seguridad que daba, que, para decir verdad, no tuvimos un momento de verdadero miedo, pues siempre confiábamos en que Zamora, poseedor del don de ubicuidad, estuviese justo en donde el balón iba a entrar.

El triunfo de Zamora ha sido tan grande, que toda la prensa española afirma, y con razón, que él ha sido quien ha vencido a Italia.

Es oportuno dar a conocer en estos momentos algunos datos sobre la juventud de nuestro héroe.

Zamora nació en Barcelona, en enero de 1901; tiene, pues, ahora veinticuatro años.

Comenzó a jugar al fútbol en el colegio, durante los recreos, como muchos de vosotros. Pero entonces no soñaba que iba a ser el portero mejor del mundo; tampoco lo pensáis vosotros, y, sin embargo, once de los que ahora jugáis al fútbol con una pelota cualquiera y en cualquier puesto, sin saber a qué altura vais a llegar,

seréis los que formen el equipo nacional dentro de nueve o diez años.

Volvamos a Zamora.

En un equipo de un colegio que llamaron el «Canigó» fué delantero centro. O sea lo más opuesto a por-



Zamora, el maravilloso guardameta nacional, considerado como el mejor del mundo.

tero que darse cabe, a «goalkeeper». Más tarde, cuando cursaba el bachillerato, formó en el «Universitario», de Barcelona, ingresando después en el Real Club Deportivo Español, donde ya fué guardameta.

La Olimpiada de Amberes le consagró, y defendió los colores del Barcelona F. C. en 1920-21 y 22. Después volvió al Español, donde continúa.

Su historia deportiva va íntimamente ligada a la historia internacional del fútbol español.

Zamora defendió siempre nuestro marco, y su destreza contribuyó de un modo decisivo a nuestro gran renombre.

El balance de nuestros partidos internacionales no puede ser más halagador.

Y a Zamora hay que agradecerle gran parte de ello. Veamos, pues, ese balance:

España ha jugado, desde la Olimpiada de Amberes hasta el domingo 14 de junio de 1925, 18 partidos internacionales, con los siguientes resultados:

	Jugados.	Ganados.	Empatados.	Perdidos.
	18	14	1	3
Contra Dinamarca.....	1	1	0	0
"      "      "      "      "	3	1	0	2
"      "      "      "      "	1	1	0	0
"      "      "      "      "	4	1	0	3
"      "      "      "      "	1	2	0	1
"      "      "      "      "	1	1	0	0
"      "      "      "      "	4	4	0	0
"      "      "      "      "	2	2	0	0
"      "      "      "      "	1	1	0	0
"      "      "      "      "	1	1	0	0
"      "      "      "      "	1	1	0	0

Total: jugados, 18; ganados, 14; empatados, 1, y perdidos, 3.

Los perdidos fueron: uno contra Bélgica, en la Olimpiada de Amberes; perdimos 3 por 1.

Al mismo equipo le ganamos aquel año en Bilbao, y después volvíamos a perder en Amberes por un «goal», de un «penalty» dudosísimo.

El otro partido perdido fué el del «goal» de Vallana; así es que podemos estar orgullosos de nuestro fútbol.

Y sobre todo, que mientras tengamos a Zamora, muy buenos tienen que ser los contrarios para batirle, porque de no ser así...

Que se lo pregunten si no a todas las líneas delanteras de Europa.

## PINOCHISTAS:

Ya en el próximo número comenzaremos a dar los nombres de los primeros Pinochistas que desean jugar al fútbol en los equipos que estamos organizando.

Repetimos lo dicho en las proclamas anteriores.

Los que estén ya agrupados en equipo, mejor, y pueden optar por lo que quieran:

Por ser equipo Pinocho, o conservar el nombre que tengan ya.

Nosotros nos ocuparemos también de los demás equipos.

Alguno de vosotros, el que tenga más afición a tomar la pluma, no tiene más que enviarnos las reseñas de los partidos que haya presenciado, y se las publicaremos.

Pinocho, deportista, saluda desde aquí a todos los equipos de colegios, y también ofrece

sus columnas para dar cuenta de los partidos que jueguen todos y para publicar las fotografías de éstos que se nos envíen.

Conque ya lo sabéis.

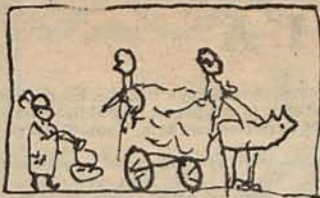
Salud y poco «offside».

PINOCHO.



Platko, el portero del Barcelona F. C., que ha ganado el campeonato de España de 1925.

RAGDE.



—No consiento que vaya tan cargado. Suba al carro y llévolo en el brazo.

MARÍA ROSA FERRER.  
Nueve años. Barcelona.



El guardia va en busca de Garrapiñada, que ha robado un collar de oro.



Y lo coge cerca del río y le dice:  
—A la prevención, o te rompo una costilla.



Garrapiñada fingió seguir al policía; pero como se le enganchó el jersey en la estaca, no pudo seguirle... y se escapó.

G. CONFORTO.—Trece años.



—¿Y dices que tu hijo ha ido a una fábrica?  
—Sí.  
—¿Y a qué ha ido?  
—A la sección de «foi-gras».

J. J. Madrid.



—Mamá, me has dicho que si era buena un ratito me dabas una cosa.

—Sí, hija.  
—Pues quiero permiso para ser mala otro ratito.



—Oye, Gómez; ¿por qué cuando disparas cierras un ojo?

—Porque si cerrara los dos no vería.

MARÍA H.—Sevilla.



—¿Se ha fijado usted lo que tarda en morir el señor del entresuelo?

—¡Ya, ya! no se parece a mi pobre marido, que se murió en un segundo.

LUIS F. VILLAVARDE.—12 años. Madrid.



—Pero, ¿no tomas la leche?

—No, mamá; es muy chula.

—Chula... ¿por qué?

—Porque siempre está en jarras.



—Después dice Simona que soy feo, y hasta los zapateros se postran a mis pies.

MERCEDES C. ROMERO.  
Once años. Madrid.



—¿A que no sabes en qué se parecen las cajetillas de cincuenta a las de dos reales?

—Chico... pues...  
—Hombre, en que son «dedos reales».

MARÍA DEL PILAR GULLÓN.—13 años. Madrid.



—Oye, Pepita; ¿quién es el que toma mejor café?

—No sé.  
—Pues el cochero, que lo toma en «su punto».

CARMEN ORTIZ.  
Trece años. Soria.



Marujita y su perro Chocho—salen los domingos a comprar PINOCHO.

CHOLA MÉNDEZ.  
Trece años. Coruña.



El piloto. —¿Qué buena suerte tengo! Caigo en un hospital.

JOSÉ MORALES.  
Nueve años. Valencia.



—Buenos días, Más-comias. Y doña Sinforosa sacude el mantel y sin querer le tira a Más-comias el tarro de la pimienta molida.



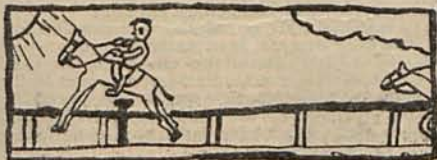
La pimienta se derrama en la nariz de Más-comias.

—¡Ah... ah... ah...!

JOSÉ LOMBARDÍA.—Trece años. Marín (Pontevedra).



—Chiss... Y doña Sinforosa se tuvo que mudar enteramente de ropa.



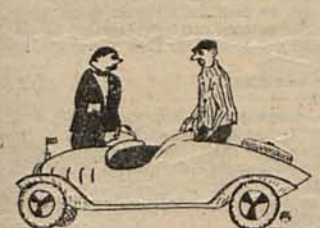
Las carreras de caballos del Hipódromo.



El pintor Murillo.



El partido de fútbol.  
ENRIQUE DOMÍNGUEZ RODRÍO.—Nueve años. Madrid.



—Oye, Ruperto; con este 40 caballos me gane una copa el año pasado.  
—¡Andal pues el otro señorito que tenía se ganó con una pareja de mulas un frasco.

ALEJANDRO MATOS.  
Quince años. Medina del Campo.

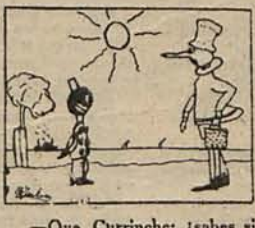


—Mamá, ¿por qué tienes algunos pelos blancos?

—De los disgustos que tú me das.

—Entonces tú, de pequeña, has debido de ser muy mala, porque la abuelita tiene el pelo blanco.

ENRIQUE JIMÉNEZ RAMOS.—Siete años. Málaga.



—Oye, Currinche; ¿sabes si el carnicero tiene pies de cerdo?

—No lo sé, Pinocho, pues cuando yo le he visto tenía los zapatos puestos.

BENITO JULIÁ.  
Once años. Girona.



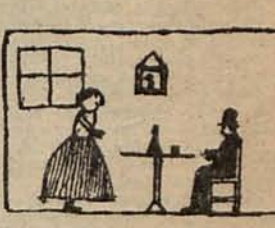
—¿Qué tienes en la mano izquierda?

—El Este.

—¿Y en la mano derecha?

—El sombrero.

MATILDE BAERYENS.  
Atarfe.



—Señorito, ayer vino un señor y me dijo que cuando viniera usted de Madrid que quería hablarle.

—¿Cómo se llama?

—No sé.

—¿Quién es?

—No sé.

—¿Y dónde vive?

—No sé.

—Pues vaya a llamarle.

MIGUEL MAZARRASA.  
Diez años. Santander.



—Oye, Pepe, ¿vamos a dar un paseo en coche?

—No po'emos, chico; el caballo tiene mala una pata.

—Eso no importa; engancháremos al burro de Manolo.

ISIDRO GARCÍA.  
Trece años. Avilés.



—No sé a qué dedicarse a mi hijo.

—¿Qué sabe hacer?

—Nada.

—Entonces dedíquelo a pez.

C. G. D. Madrid.



—Juan, ¿cuál es el colmo de la Geografía?

—No sé, chico.

—Pues es Esto... colmo.

—¡Ja... ja... ja!

EUGENIO BARRIENTOS.  
Once años.



—¿Te gustan los pasteles?

—Sí los cojo yo, si; pero si me los dan, no tanto.

—¿Cómo es eso?

—Pues verá usted: cuando yo los cojo me como muchos; pero cuando me los dan, sólo como uno.



—¿Es usted don Ruperto?

—Sí, hija mía, yo soy.

—Pues pase usted, porque me dijo mi papá que si venía un señor con pinta de bruto, que pasara, que ese era don Ruperto.

MARTÍNEZ.



¿En qué se parecen este elefante y este cepillo?

Pues en que ninguno de los dos se pueden subir al árbol.

M. B.



—Si me quieres, te regalo este PINOCHO!

MARÍA LUISA RUIZ.  
Doce años. San Sebastián.



Japonesa.



Cocoliche, el famoso domador de tortugas.

ALBERTO LEÓN.  
Trece años. Santander.

## ADVERTENCIA

Dada la enorme cantidad de originales recibidos para la «Colaboración infantil», la imprenta no ha podido terminar a tiempo la composición de todos ellos; por eso nos vemos obligados a retrasar hasta el número próximo la publicación total de todos los originales que nos vienen atrasados. Perdonad, Pinochistas.

# CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo*.

**Vicente Larraz. (Zaragoza).**—Extraordinario; así, extraordinario. Tus dibujos son maravillosos, sensacionales, magistrales, magníficos. Merecen toda clase de elogios. Pirula ha recibido una alegría muy grande, intensísima, al ver tu obra. Tu amigo Pinocho ha experimentado una satisfacción incalculable. Ambos, Pirula y Pinocho, te envían unas calurosas felicitaciones.

**Periquín Moreno Moncada. (Mahón).**—Uno de tus dibujos —el que representa el examen— ha llegado con un pedacito menos. El otro ha llegado bien; no, no ha llegado bien; ha llegado emborronado, pegado en el sobre de tu carta, en un estado lamentable. Y lo sentimos, Periquín. Lo sentimos porque eres un buen dibujante, digno de colaborar en estas páginas.

**José Herans. (Madrid).**—En otra ocasión hemos elogiado tus trabajos. Este que nos envías hoy, tan admirable, hace la competencia a tus anteriores. Está muy bien, magnífico.

**A. Delipáu. (Madrid).**—El castillo del señor conde, como es magnífico, queda admitido.

**Enrique Estéfani. (Madrid).**—Bueno, tus versos... Has hecho bien, querido Enrique, en indicarme que son versos, pues por ellos mismos, la verdad, no lo hubiéramos sabido nunca. Tu cuento... Admitimos tus chistes, y en otra ocasión será otra cosa.

**Cristina Díez de Rivera. (Madrid).**—¡Cuánto sentimos, simpática Cristina, no poder publicar tu dibujo! Lo sentimos porque tu historieta tiene tanta gracia como tú, que ya es gracia, mucha gracia. ¿Y sabes por qué, teniendo ingenio tu obra, no podemos publicarla? Muy sencillo. Por confusa. Tu historieta ha llegado tan apretada, apelmazada y englobada que apenas si vemos nada. Por esto, tan sólo por esto, apartamos tu obra. Pero no te apures, Cristina. Tú sabrás complacernos haciendo otra historieta, clara como el agua de la fuente.

**Santiago Vidarte. (Sanlúcar la Mayor).**—Muy bien. Queda admitido el negro, la patineta y el león de tu dibujo. Creo que no habrá peligro.

**Francisco Cruxent. (Santander).**—Hombre, tu barco de cuatro chimeneas no puede salir del puerto. Le falta carbón, y por si ello fuera poco, está anclado en un papel borrascoso, rodeado de olas imponentes. No, no puede salir. Envía otro barco de más excelente construcción, y ya veremos, amigo Francisco.

**Julán García. (Santander).**—Bien, admitido.

**J. Eraso.**—Tu *acorazado España* ha llegado en mal estado, pegado al sobre de tu carta. Por este motivo no puedo admitirlo. No es culpa tuya, pues tu dibujo es muy bonito; ni mía tampoco, pues mi resolución está justificadísima. Seguimos amigos, más amigos que nunca.

**José María Moreno. (San Fernando).**—Admitido. Muy bien. Extraordinario.

**Virgilio Villaverde. (Valencia).**—Entre tu cuento, que es bueno, y tu historieta, que es graciosa, elegimos tu historieta.

**Armando Marfil. (Barcelona).**—En el mismo caso que Virgilio, tu antecesor. Rechazamos tu cuento, pero publicaremos tu dibujo.

**Rita Repila. (Salamanca).**—Tu cuento es muy largo, pasa de las cuarenta líneas reglamentarias. Para otra ocasión no olvides las condiciones establecidas para la colaboración infantil.

**Pilar y Manuea Repila. (Salamanca).**—Quedan admitidos vuestros dibujos. **Ángel Castañeira. (Córdoba).**—Tus graciosas aleluyas, que publicamos en PINOCHO, nos han gustado mucho. Tienen verdadera gracia. Bien se ve, Ángelito, que vives al lado del Guadalquivir.

**Adelaida Bona. (Madrid).**—¡Cuánto sentimos, amiga Adelaida, no poder publicar tu dibujo! Ha llegado éste completamente confuso y emborronado. Otra vez será. Otra vez procura hacer más claros, más visibles tus dibujos.

**Gloria Rodríguez. (Cáceres).**—El dibujo, bueno; el chiste, malo. El chiste ha de estar siempre, por lo menos, a la altura del dibujo. ¿Entendido?

**Venancio Maguregui. (San Sebastián).**—De tu «ramillete de chistes» elegimos los chistes de más penetrante olor. Tu «batalla de Clavijos», en cambio, pasa al cofre de los siete candados.

**Antonio Egaña. (Oñate).**—Admitido.

**Isabelita Bahamonde. (Madrid).**—Entre tus dibujos hemos sacado el más gracioso, el mejor. ¿Adivinas cuál?

**Nicolás Morán. (Bilbao).**—«Salida y estación del tren de Portugalete» es el título del más sensacional de los dibujos. Enhorabuena, Nicolás.

**Oscar López. (Vitoria).**—Uno de tus dibujos, el mejor, queda admitido. **E. Pardo. (Santander).**—Si tus dibujos no estuvieran tan borrosos, los publicaríamos con muchísimo gusto.

**José Luis Alcalde. (Madrid).**—La verdad, ignorábamos que Pinocho hubiera padecido el más leve contratiempo en su salud. Pero tú lo afirmas en tu dibujo, y basta. Admitido.

**Nieves Montoya. (Vitoria).**—Mi blanquita Nieves: Acabo de recibir tu carta, tu preciosa carta que he dado a leer, inmediatamente, a tus amigos Pinocho y Pirula. Aquel, por complacerte, contestaría a tu pregunta; pero ésta, es de tal índole, que ni el mismo Pinocho puede, en este caso, satisfacer tu curiosidad. Pinocho, amiguita Nieves, no tiene años y, por consiguiente, no tiene edad. Pinocho es siempre el mismo, tiene siempre la misma apariencia, idéntica nariz, idéntico pelo, la misma casaca de siempre, iguales tronco y extremidades, de madera. Los años pasarán por encima de la cabeza de Pinocho, sin avejar a éste. Héroe desde que nació, Pinocho no morirá, porque ni Chapete, que con tan malas mañas ha intentado vencerle, conseguirá matarle. Sólo esto puedo decir, como respuesta, a tu pregunta. ¿Qué edad tiene Pinocho? Ninguna. La vida de Pinocho no se cuenta, como las de los demás mortales, por años. La vida de Pinocho ha de contarse, no por años, sino por aventuras. Pinocho no tiene tantos años, sino tantas y tantas aventuras. Es, por consiguiente, un héroe —aunque de madera—, y así como de Napoleón no se dice que fué un héroe de tantos años, sino un Emperador que ganó tantas batallas, del mismo modo no se dirá nunca de Pinocho, refiriéndose a su vida, que fué un héroe de quince años, de diez o catorce años, sino un héroe, el rey de los muñecos, que ganó, venció y salió victorioso en cuantas batallas o aventuras empuñó su cuerpo y corazón de maderas. Mucho me han gustado las soluciones que me envías para los concursos. Mucho, también, los chistes que me envías como colaboración y que, por ser chistosos, como tuyos, se publicarán. Pirula envía un beso para tu hermanita Carmen, y otro para tí. Pinocho te saluda cariñosamente. Yo, tan cariñosamente como Pinocho, te saluda también.

**María Salvador. (Madrid).**—He recibido tu amabilísima carta, que ha llenado de contento a Pinocho, a Pirula, a todos tus buenos amigos —Currincho y D. Turulato, entre ellos—. Saber que tú, mi estimada María, piensas mandarnos colaboración, no es cosa que podemos echar en saco roto. Aquí estamos deseando el día, o la hora mejor, en que tus trabajos arriben a PINOCHO. Felicitamos.

**José Luis y Angelina Pintado Conesa. (Madrid).**—Quedan admitidos vuestros dibujos.

**Mario Victorio y Avelino W. Barrios. (República Argentina).**—Mis buenos amigos: He recibido vuestras cartas. Han llegado a mis manos vuestros dibujos. Eludo el elogio. Todo está bien, admirable, extraordinario, como vuestro. Todo, como comprenderéis, se publicará.

**Carmen del Río. (Valladolid).**—Aceptamos la casa de tu muñeca, Carmen. **Sara Manús. (Buenos Aires).**—Admirable Sara: Como todos los de tus paisanos, tu dibujo ha conseguido un éxito inaudito. «Don Francisco» está muy bien, inmejorable. Y lo que menos pensaba «Don Francisco», que era verse en las páginas de PINOCHO, lo conseguirá dentro de poco.

**Juan Carlos González. (Tucumán, República Argentina).**—Muy bien, admitidos.

**Roberto Gutiérrez Portocarrero. (Bogotá).**—He recibido tus magníficos dibujos, amigo Roberto. De entre tus obras he sacado la mejor, la más admirable y perfecta, para publicarla.

**Félix Pérez Serrano. (Zaragoza).**—Tanto tu letra como tus dibujos me parecen excelentes. Los dibujos, en realidad, excelentísimos. ¿Te parece bien? **Enrique y Fernando Jaén. (Bilbao).**—Publicable. Se publicará.

**Victoriano Solanas. (Zaragoza).**—Estoy encantado con tu auto. Es de una gran novedad. Para que lo vean, lo admiren y se propague, lo publicaremos. **Isidro Arcos. (Madrid).**—Ya conocemos tu portentoso arte. Como tuyo, publicable.

**José Lucientes. (Madrid).**—Este elefante —pero es un elefante?—, este elefante queda admitido.

**M. P. (Barcelona).**—Tu dibujo está bien. Pero no así el chiste. Para otra ocasión, amigo M. P., procura que el chiste sea más a propósito para PINOCHO.

**Pilar Gillis Yuste. (Guernica, Vizcaya).**—Tu carta, como tú, como tus dibujos, como todo lo que de ti nos llega, es, sencillamente, admirable. Decididamente, eres una chiquilla ejemplar. Nos alegramos muchísimo que te diviertas, como nos dices, con la patineta que te ha regalado Pinocho. Eres una niña agradecida, y no tendré que decirte, amiguita Pilar, cuánto nos alegraría recibir la fotografía que prometes. Pirula tiene muchos deseos de conocerte. Pinocho, tantos deseos como Pirula. Lo que de ti nos llega, carta, dibujo o trabajos para concursos, lo recibimos con verdadera alegría. Porque tú, Pilar, quizás no lo sepas, pero tienes mucha gracia, y haces muy buenos dibujos, y vales mucho, vamos. Supongo la satisfacción que te causará ver tus obras, tus magníficos trabajos, en PINOCHO. Para nosotros no es menos satisfacción publicarlos. Supongo también que ya habrá salido el sol en Guernica —te felicito por ello—, y como ya habrás cumplido años, te creo en compañía del Señor Juicio, caballero muy serio, todo vestido de negro, cuya ausencia lamentaban antes en tu casa. En fin, Piluca, ¿para qué más? Tú sabes que tus buenos amigos Pinocho y Pirula te admiran y te quieren. Cuantas cosas nos mandes, se recibirán con alegría. Adíos. Recuerdos a la patineta, al kodak y al sol de Vizcaya, si ha salido ya... Adíos. ¡Adíos, Piluca!

**Conchita Oria. (Santander).**—¿Han desaparecido tus dudas? ¿Has visto cómo Pinocho, tu mejor amigo, se porta contigo? Tus dibujos, casi todos, han salido en la revista. Una y otra vez he leído tus continuas cartas. Quería darte una sorpresa: que vieras de pronto, sin aviso de ninguna clase, en las páginas de PINOCHO, tus bellísimos dibujos. Ahora te creo contentísima. Ya ves cómo tu amiguito de madera se preocupa de ti, y de tu primita, y de todos. Pinocho no olvida, quiere por igual a todos los lectores de la Revista, y pasa las noches de claro en claro pensando, buscando siempre una nueva agradable sorpresa para los pinochistas.

**M. Trevijano. (San Sebastián).**—No podemos. Imposible publicar tu dibujo. ¿Sabes por qué? No es por tu dibujo, precisamente, que es de una corrección admirable. Tampoco por la tinta, que es china, absolutamente china. No podemos publicar tu historieta, querido Trevijano, por el chiste... ¡llamémosle así—, por el chiste, que deja mucho, muchísimo que desear. Para otra vez, repara en los «pies».

**Rafael Sánchez Bretaña. (Madrid).**—¡Qué malamente ha navegado tu barco, tu «Alfonso XIII», hasta llegar a PINOCHO! Toda la proa, hundida, clavada en un rincón del sobre, ha desaparecido. Imposible reparar tan horrible desperfecto. Tendrás que remitirnos, si quieres publicar en estas páginas, otro nuevo barco, cuidando de asegurarlo previamente.

**Manuel Nieto Molina. (Madrid).**—Nada de colores, Manuel. Tinta china.

**Lorenzo Iborra. (Alicante).**—Como a Manuel: tinta china.

**Elvira Arruti. (San Sebastián).**—Bueno; un conflicto. Por un lado, la verdad, tu cuento está bien, y por otro lado no está bien. Como nosotros —Pinocho y Pirula en primer lugar— deseamos que las «cosas» que se publiquen en la Revista sean perfectas por ambos lados, esperamos a otra ocasión, en que sabrás hacer las cosas como tú puedes hacerlas.

**Matilde de Lora. (Madrid).**—¡Tinta china! Tinta china, sin lápiz.

**Juan Antonio. (Valencia).**—Tu «pase natural», no obstante ser naturalísimo, no puede salir en PINOCHO. Y es lo de siempre, Juan Antonio: la tinta.

**Enrique Pagés. (Barcelona).**—Si tu «Radio Barcelona» estuviera bien, que no lo está, la publicaríamos. Y no está bien, querido Enrique, no por el dibujo, sino por un picaro borrón —¡oh malvado secante!— que ha entenebrecido la cabeza del «edicionado». Manda otra cosa, que tus dibujos nos gustan. Manda otra cosa; pero cuida de secarla bien, con un buen papel, para evitar contrariedades...

**Alberto Urrutia. (Bilbao).**—El honrado «trabajador de los Diques», la verdad, no podemos publicarlo. Está muy confuso, y no lo vemos. Procura limpieza, amigo Alberto. De esta forma conseguirás publicar en estas páginas.

**Antonio Bernal y Zárate. (Madrid).**—¿Pero es posible? Esto no es un dibujo. Esto es un geroglífico. A estas horas no sabemos si nos has remitido un paraguas, un mirlo, o —¡quien sabe!— el puño del bastón de Don Turulato. Es desconcertante. Es... impublicable.

**Rafael Alonso Alcalde. (Valladolid).**—¡Tinta china!

**Enrique Prieto. (Madrid).**—¡Tinta china!

**Eduardo Prieto. (Gijón).**—Muy bien, excelente poeta. Aceptamos tus versos, los primeros, en colaboración infantil, que saldrán en Pinocho.

**José Bun. (Soria).**—Tu «cuadro histórico» está bien. Pero Agripina, aquí para entre nosotros, no es de la particular preferencia de Pinocho. Y este es el motivo. Por esto no publicaremos tu relato.

**Emilio Soler.**—Hay que retintar más, hay que hacer los dibujos con un poquito de más fuerza y con mejor tinta, Emilio.

**Juan Manuel Sancho. (San Fernando, Cádiz).**—Procura la claridad. Apenas si adivinamos las figuras. Te aconsejo porque presiento que tomarás mis consejos.

**Manuel Nieto Molina. (Madrid).**—¡Tinta china!

**Manuel Muños. (Pontevedra).**—Como tantas y tantas veces, lamento la malísima calidad de la tinta. Tu dibujo está bien, pero no puede publicarse.

**Fernando Piñana. (Barcelona).**—Siempre que descubrimos, entre nuestros colaboradores, al dibujante, sentimos una viva alegría. Hoy, amigo Fernando, no ha sido pequeña la que hemos experimentado ante tus dibujos.

**María Teresa Arriga. (San Sebastián).**—Acompañado de Pinocho y Pirula he visitado tu casita de campo, que es preciosa, y tu barco de guerra, que es formidable. Hemos quedado encantados de la belleza de aquella y de la fortaleza de éste. Pirula se sentó a la puerta de tu casa, bajo el arbolito, pues tenía calor, mientras Pinocho, intrépido como siempre, maniobraba en el barco, subiendo al alto mástil. Ha sido, en verdad, una buena tarde, que debemos a la generosidad de tus dibujos.

**A. A. Nueve años. (Zaragoza).**—«La dicha de Luisín», la verdad, no me parece envidiable. Tan pequeño, y en peligro de muerte. No, no es envidiable. Por ello, porque es muy terrible, imponente, la primera parte de tu cuento, nos vemos en la imposibilidad de publicarlo. En cuanto a tus dibujos, hay que hacerlos con tinta china, sin mezcla de lápiz. Y hasta otra, estimado o estimada A. A.

**María Teresa Viñeras. (Madrid).**—No admitimos tu obra. ¿Por qué? Muy sencillo, María Teresa. No admitimos tu dibujo, como adivinarás, por el chiste, que no es del gusto de Pirula.

**Antonio G. Cordovis. (Madrid).**—Tu cuento es muy largo, demasiado largo. Es preciso que para otra ocasión procures ajustarte a las leyes ¡inmutables! de la colaboración infantil.

**José Ramón López. (Caravia, Asturias).**—Con la rapidez posible, querido José, publicaremos tu cuento, que nos ha gustado muchísimo. Así podrá leerlo en el extranjero, como deseas en tu carta, la persona que tanto te interesa. Tu cuento, vuelvo a repetir, nos ha maravillado. A tu edad, buen José, pocos escritores han escrito tan correctamente. Recibe nuestra felicitación y el más gracioso saludo de Pinocho.

**Carmen Aguilar. (Teruel).**—El chiste nos hace mucha gracia; pero el dibujo... Publicaremos aquél y rechazamos éste. ¿Conformes?



CUPÓN PARA EL SORTEO DE REGALOS

# ¿SABEIS POR QUÉ?

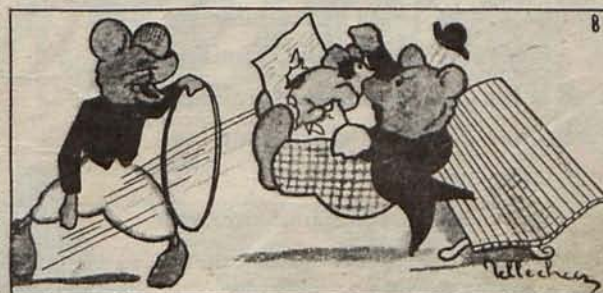
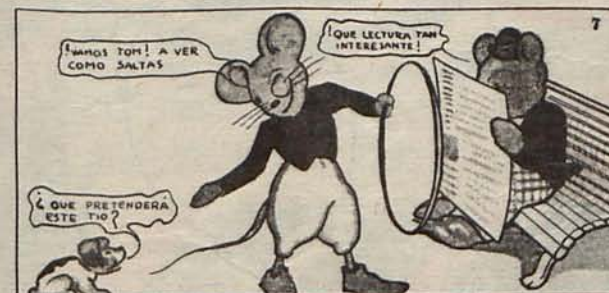
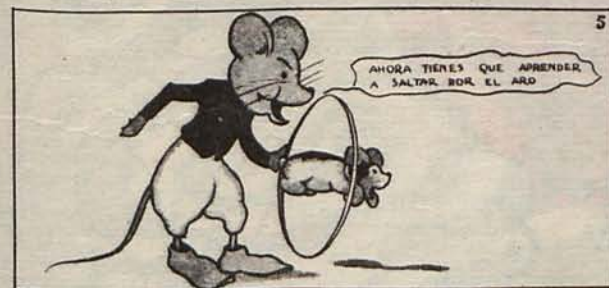
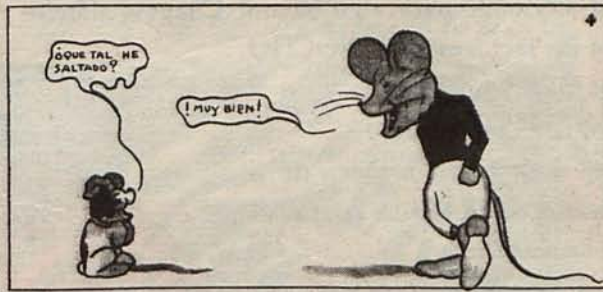
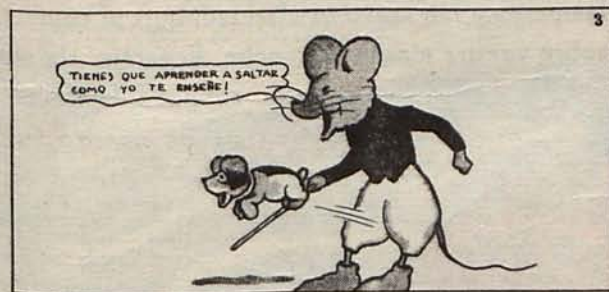
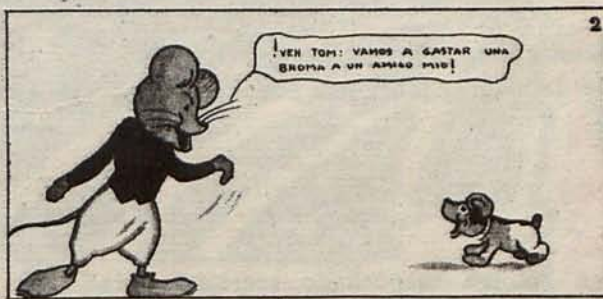
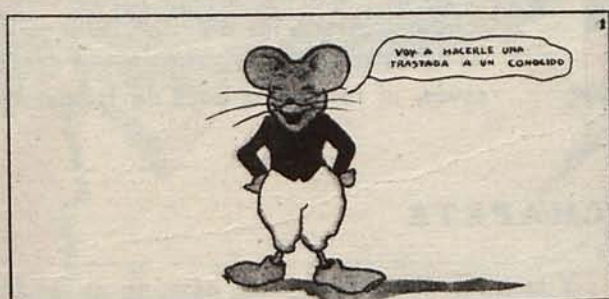
## ¿POR QUÉ LA TIERRA ESTÁ ACHATADA POR SUS POLOS?

La Tierra es redonda, como una pelota, como una bola de billar, como un balón. Pero la Tierra no es redonda completamente. Está achatada, aunque no mucho, por sus polos. Yo he querido indagar, porque soy muy curioso, el motivo, la causa de este achatamiento. ¿No sería la Tierra, sin ese aplastamiento, mucho más bonita, mucho más perfecta? Sin duda alguna; pero las cosas hay que aceptarlas como vienen, y la Tierra, nuestro planeta, hay que aceptarlo como está, y hay que vivir en él sin oponerse a su forma, sin disgustarse porque sea chata, ¡Qué le vamos a hacer! Ahora, lo que sí podemos, aunque con gran trabajo, es explicarnos el *por qué* de ese achatamiento terrestre. En un principio, mucho antes de que la Tierra estuviera como está ahora, con plantas y animales, nuestro Globo fué, según afirman, una masa gaseosa, después líquida, luego... gelatinosa, que poco a poco se fué condensando, solidificando, haciéndose dura. Durante todo este proceso, y hasta llegar al estado en que hoy la pisamos, esa gran masa, que luego había de ser nuestro planeta, daba vueltas



continuamente, velocísima, en un continuo movimiento de rotación. Pues bien, este movimiento de rotación, que hoy conserva aún nuestro planeta, es la causa, el motivo de su achatamiento polar. Si la Tierra no hubiera dado esas vueltas, si nuestro Globo no hubiera tenido ese movimiento de rotación, ahora no se vería chato por ninguna parte. Así lo afirman algunos físicos. Uno de éstos, para probar su afirmación, construyó una esfera con flejes, e hizo ver cómo esta esfera, imprimiéndole un movimiento giratorio, se achataba por sus polos hasta el extremo de amenazar romperse la esfera si aquel movimiento rotativo tomaba una velocidad extremada. Así, la Tierra —decía aquél físico—, blanda como estaba en su primitivo período, pudo achatarse. Todo esto, como comprenderás, es una suposición. Lo único cierto es que la Tierra está aplastadita por sus polos. ¿Influyó en ello su movimiento de rotación? Puede ser. Pero nosotros seguimos paseándonos en la Tierra, dando vueltas con ella —sin darnos cuenta, esta es la verdad— y sin haber conseguido la seguridad del *por qué* de aquél aplastamiento.

## HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESSO





# SECCIÓN PIRULA

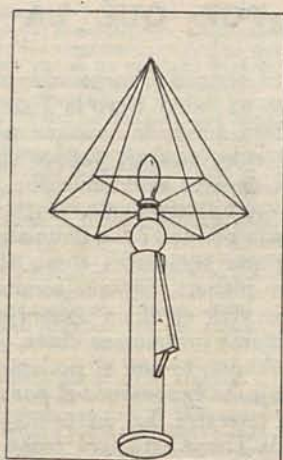
## PIRULA, MUEBLISTA

*Lámpara Li-fu-tchi.*—Yo tengo lectoras en todos los países del mundo; hasta en la China. ¡Uy!, allí conozco yo a más chinitas que las que en un paseo a orillas del mar se os pueden meter en los zapatos.

Así no tuve más que escribirle a Li-fu-tchi, mandarina amiga mía (las mandarinas de la China no deben confundirse con las naranjas de la China), diciéndole que deseaba un modelo de lámpara al estilo de su país, para que al punto me enviase el que adjunto veis, y que es su propio retrato con el traje de las grandes ceremonias, como lo demuestra el dragón sagrado que luce sobre el pecho.

El grabado en negro es la misma chinita sin pintar, o sea sin vestir, con su pantalla sin forrar.

Os muestra lo sencillo que ha de ser realizar el pie de madera sobre una peana redon-



da, con unas aletas a los lados y una bola en su parte superior.

Cualquier pantallista os hará la armadura de la pantalla en alambre, que mamá cubrirá luego con una seda lavable (¿y no estaría más indicado un crespón... de China?) de color amarillo, bordada o pintada, y adornada con unas bolas de seda color «rubi» rellenas de algodón en rama. En cuanto al traje y la cara de Li-fu-tchi no necesito insistir sobre lo sencillo que os ha de ser pintarlos, sin sacar el dragón del revés, ni torcida la boca de la mandarinita.

## LÁMPARA CHAPETE

¿Quién hubiera sospechado semejante prodigio? ¡Chapete sirviendo para algo bueno! Chapete siéndoles útil a los lectores de PINOCHO.

Eso se dice y no se cree; y sin embargo, es la verdad.

Ved al aborrecido muñeco de trapo transformado en una lamparita... ¡y de maderal!

Verdad es que hay que ver la sonrisa de rabia que pone al verse útil, a pesar suyo; él que se pasa la vida esforzándose en molestar y ser malo.

Pero, quiera o no quiera, aquí os lo presento con sus famosos «pies de pato», convertidos en una peana que forma la mejor y más sólida de las bases, mientras su gorro, convertido en pantalla, tamizará dulcemente la luz de la bombilla atornillada en el aparato que cualquier electricista instalará facilísimamente.

¡Y lo que os vais a divertir pintando sus ojos redondos y su boca descomunal, su chata nariz y sus manos deformes, su figura, en fin, grotesca y ya legendaria!

Y tanto os divertiréis, y tan cómoda os resultará la lamparita y tan suave su claridad, que, al contemplarla sobre vuestra mesilla de noche, llegaréis, sin cesar en vuestra antipatía hacia el envidioso rival de nuestro Pinocho, por cobrarle verdadero cariño a su efigie.

